10482

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL SUICIDIO DE WERTHER

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOAQUÍN DICENTA.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1888.

13

AUMENTO Á LA ADICIÓN GENERAL DEL CATALOGO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
6	1	Adonis —j. o. p.	1	D. M. Díaz Arcaya.	Todo.
»	»	Al pie de la Giralda.—j. o. p.	1	Manuel Hidalgo	
2	2	De sopetón.—j. o. p.	1	Ricardo Revenga	»
3	1	Empeños de mi mujer-j. o. v.	1	J. Molina Saez	»
3	3	En cinco minutos.—j. a. p.	1	Valdés y Gallardo	»
3	1	El censo.—j. o. p.	1	Ricardo Monasterio	»
»	»	El crimen de anoche	1	Constantino Gil	»
»	»	El Sr. de Zaragata	1	Fernando Viñas	»
»	»	El capital y el travall	1	F. Palanca y Roca	»
4	1	El teniente cura.—j. o. p.	1	C. Gil y J. Rómea	»
4	3	Estrenes.—j. o. p.	1	Francisco Seriano	»
3	1	El vecino de ahí al lado	1	Constantino Gil	»
4	2	La fuerza del interés-j. d. o. v	1	J. Molina Saez	»
»	»	La ballá de Sant Fransés	1	F. Palanca y Roca	»
»	»	La confianza	1	Fernando Viñas	»
»	»	La lavandera	1	Sinesio Delgado	»
»	»	La niña de la bota.—j. o. v.	1	Arango y Limendoux	»
»	»	La primera consulta	1	Eusebio Sierra	»
»	»	La vuelta del veraneo -j. o. p.	1	Mariano Barranco	»
3	5	Las escuelas en España	1	F. Palanca y Roca	»
»	»	Las propinas.—s. o. v.	1	Fiacro Iráyzoz	»
5	2	Lo prohibido —c. o. v.	1	Francisco Flores García	»
»	»	Los diputados—j. o. p.	1	Ricardo Monasterio	»
3	2	Los portales de la plaza-s. o. v.	1	Tomas Luceño	»
»	»	Nupcias y muerte. (monologo.)	1	Julio Montes Rios	»
»	»	Pecar sin malicia	1	J. M. Gutierrez de Alba	»
4	2	Pepito —j. o. v.	1	R. Rojo Villanova	»
3	2	¡Pobre Simón!—j. o. v.	1	M. Díaz Arcaya	»
2	3	¡Sereno!—s. o. y.	1	Emilio S. Pastor	»
7	7	¡Socorro!—j. o. v.	1	Hidalgo y Oviedo	»
»	»	Un ensayo. (monólogo).	1	Federico Castellón	»
»	1	Els dos anells	2	F. Palanca y Roca	»
»	»	La moral casera	2	Sinesio Delgado	»
»	»	Los 50.000 duros —j. o. p.	2	Federico Castellón	»
24	7	Los inválidos.—j. a. p.	2	Gómez y Lustonó	»
9	4	Mariana Pineda, mártir de la libertad	2	José Sánchez	»
»	»	Mimí.—c. o. p.	2	José Estremera	»
3	4	Ortigues y roselles	2	F. Palanca y Roca	»
»	»	Angelina	2	Marqués de Premio Real	»
»	»	Avispas sociales	3	F. Palanca y Roca	»
»	»	Decrets de la Providencia	3	F. Palonca y Roca	»
»	»	El Sr. de Albert —c. a. p.	3	Agustin Navas	»
11	4	El sombrero de copa —c. o. p.	3	Vital Aza	»
10	3	Fueros y hermanuias ó el emcuierto ds Valencia	3	F. Palanca y Roca	»
»	»	La cruz de plata	3	F. Palanca y Roca	»
»	»	La justicia de la ley	3	Francisco P. Ribes	»
9	1	La mujer de César	3	Cárlos Coello	»
»	»	Mariposa sin alas	3	Marqués de Premio Real	»
»	»	Un andaluz en Turquía	3	Leandro Torromé	»
»	»	Valencianos con honra	3	F. Palanca y Roca	»
»	»	Veinte céntimos	3	M. Pina Dominguez	»

EL SUICIDIO DE WERTHER

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOAQUÍN DICENTA.

Estrenado con extraordinario aplauso la noche del 23 de Febrero de 1888 en el Teatro de la PRINCESA

Pablo R. Ramos Leído

P R

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.		ACTORES.
CARLOTA.....	SRTA.	CALDERÓN.
MARÍA.....		COBEÑAS.
ENRIQUETA (1).....		GUILLÉN.
FERNANDO.....	SRES.	CALVO (D. Rafael).
DON PEDRO.....		JIMÉNEZ (D. Donato).
ADOLFO.....		CALVO (D Ricardo).
DON JULIÁN.....		SÁNCHEZ (D. Cárlos).
ENRIQUE.....		RIVELLES.
JUAN.....		CALVO (D. Fernando).

(1) La señorita Guillen tuvo la bondad en obsequio mío de hacerse cargo de un papel inferior á su importancia de actriz, al desempeñar el de Enriqueta, y yo me complazco dándole en estas líneas una prueba de mi agradecimiento. *(N. del autor.)*

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A D. MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Sin padres vivía en el mundo el protagonista de mi drama, y al hombre, bajo cuyo amparo vió desarrollarse los primeros días de su existencia, ofreció por cabal y absoluta manera su cariño y su agradecimiento. Sin padres vivía yo también en el mundo de la literatura, y á la protección generosa, á los atinados consejos de usted, debo el logro de mis aspiraciones literarias.

¿Qué menos puede hacer para con usted, quien para con usted se halla tan obligado como yo lo estoy, que dedicarle esta obra, y con ella la gratitud inmensa y el inmenso cariño que usted merece?

Acéptela usted. Esa es la gloria que más ambiciono.

Joaquín Dicenta.

611074

A D. RAFAEL CALVO.

Por medio de ideas acaso, y sin acaso, mal traducidas y no bien expresadas, quise yo dibujar el carácter de Fernando tal como mi cerebro lo había concebido, y, á la verdad, que resultaba pálida la imágen para la satisfacción de mis deseos, y andaba yo justamente receloso de no haberlos realizado. Pero usted, amigo mío, al hacerse cargo de ese carácter supo darle tales acentos de realidad, tal significación y tal relieve, que mas le debe á usted que me ha debido á mí.

Porque ello es cierto, porque usted, más que interpretar ha creado ese carácter, á usted corresponde, (fuera parte de la que toca á la generosidad del público y á las bondades de la prensa para conmigo), la mayor del éxito que mi obra ha alcanzado; tanta y tan grande, que bien puede usted repartir alguna entre los demás actores y andar también pródigo para con ellos en lo que á mi agradecimiento se refiere, que por mucho que de él les conceda usted, siempre quedará para usted en mí, ya que no sobrado agradecimiento, sí, por lo menos, agradecimiento inagotable.

Joaquín Dicenta.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elsuicidiodewert14513dice

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un estudio de pintor. Decoración cerrada. Puertas al fondo y lateral izquierda. En la derecha una ventana. Colgados á lo largo de las paredes lienzos de varios tamaños, y á ambos lados de la puerta del fondo dos panoplias con armas de diversas épocas. En primer término, á la izquierda del espectador, un diván; á la derecha, recibiendo la luz de la ventana, un caballete que sostiene un cuadro de regulares dimensiones. Delante del caballete, una silla, y sobre ésta una paleta y varios pinceles. Al comenzar la escena primera, aparecen en la puerta del fondo Adolfo, Enrique y Juan: el último se queda en el dintel de aquella.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, ENRIQUE y JUAN.

ENRIQUE. (Á JUAN.) ¿Ha salido don Fernando?
JUAN. Sí señor; esta mañana
á las ocho, para asuntos,
según dijo, de importancia,
pero me dejó el encargo
de que cuando usted llegara
al estudio, le esperase.
ENRIQUE. Está bien. (Á JUAN.)

(Dirigiéndose á Adolfo.) Si no te cansa
esperar, le esperaremos.

ADOLFO. ¿Cansarme... Pues no faltaba
otra cosa!

JUAN. ¿Se ofrece algo?

ENRIQUE. Puedes retirarte: gracias.
(Vase Juan por el fondo.)

ESCENA II.

ADOLFO y ENRIQUE: al final FERNANDO.

ADOLFO. ¿Conque aquí tiene su celda
nuestro antiguo camarada
de colegio?

ENRIQUE. Aquí la tiene,
y en ella las horas pasa
entregado á sus estudios,
y ni vive ni descansa,
ganoso con sus afanes
de encontrar laurel y fama.

ADOLFO. ¿Y un nombre que sustituya
al nombre que le hace falta?

ENRIQUE. ¡Adolfo! (En tono de reproche.)

ADOLFO. No te incomodes.
¡Pobre chico! Es una lástima
que no sea su progénie,
ya que no brillante, clara.
Soy el primero en sentirlo
y sentirlo con el alma.
Mil veces en el colegio,
cuando triste la mirada
y el rostro descolorido,
le ví por las solitarias
alamedas del jardin
cruzar, mientras que jugaban
los otros, sentí sus penas
y me llegué á consolarlas.

ENRIQUE. Yo también.

ADOLFO. Y al preguntarle
de sus pesares la causa,

recuerdas que nos decía
con voz balbuciente y áspera:
—«¡Dejadme! ¡No tengo nombre!»

ENRIQUE. Me acuerdo. Tú te alejabas
al escuchar su respuesta,
y él, sin añadir palabra,
mirándome fijamente,
se sonreía y lloraba.

ADOLFO. Es un carácter altivo
y enérgico.

ENRIQUE. Una mañana
exclamó: «Yo te prometo,
si es que mi cerebro alcanza
á penetrar los lugares
donde mi ambición le llama,
que he de arrebatar al mundo
el nombre que me arrebata.»
Y así fué; siempre constante
en la lucha comenzada,
hoy, para lograr su objeto,
muy poco espacio le falta.

ADOLFO. Yo le estimo.

ENRIQUE. Y tú... ¿qué vida?

ADOLFO. Pues mi vida encarcelada
en la cárcel más hermosa
que soñó cabeza humana.

ENRIQUE. ¿Alguna mujer?

ADOLFO. ¡Que todas
mis acciones avasalla,
y á quien ofrecí gustoso
hogar, fortuna, esperanzas!
¡Por ella dejé á mis padres,
y cien veces les dejara
si cien veces lo exigiera.

ENRIQUE. Y es...

ADOLFO. Ni inocente ni santa.

ENRIQUE. Acaso...

ADOLFO. ¡Lo adivinaste
como yo lo que pensabas!
¡Pero es su poder tan grande,
tal me seduce y arrastra
su belleza, que daría

por esa mujer el alma!
¡El alma... si es que la tengo,
ó no es que por mi desgracia
la tomó ya el diablo á cuenta
de alguna cuenta atrasada!

ENRIQUE. ¡Grande es tu pasión!

ADOLFO. Y expuesta
á golpes de suerte vária.
Al fin soy libre, y ya puedo
gozar sin diques ni trabas
mi fortuna, y de Carlota
á los piés depositaria.

ENRIQUE. ¿Carlota?

ADOLFO. Sí. ¿La conoces?

ENRIQUE. No.

ADOLFO. Pues te brindo esa gracia.
Pero hablemos de Fernando.
Ha puesto con elegancia
el estudio. Ricos muebles...
tapices... costosas armas...
(Mirando los diversos objetos que decoran el estudio.)
¡Esto vale un Potosí!
Escucha: ¿de dónde saca
mi amigo tanto dinero?
¿De sus cuadros?... ¡Vaya! ¡vaya!...
¡pues ya valen!

ENRIQUE. Aún no tienen
tan alto precio en la plaza,
pero lo tendrán muy pronto.

ADOLFO. Y mientras tanto, ¿quién paga?

ENRIQUE. ¿Quién ha de pagar? Don Pedro;
su protector.

ADOLFO. ¡Ah!... ¡sí! ¡calla!
¡ya recuerdo!

ENRIQUE. Le proteje
y le presta su morada.
En ella vive Fernando.

ADOLFO. ¿En ella?

ENRIQUE. Sí: que la casa
de don Pedro y el estudio,
se comunican y enlazan

por la escalera que guía
hacia la puerta excusada
que ves ahí.
(Señalando la del lateral izquierda.)

ADOLFO. Y es don Pedro...

ENRIQUE. El mismo.

ADOLFO. ¿Quién lo pensara?
Pues tiene suerte Fernando;
ese viejo es una ganga:
un prestamista que presta
y que no cobra.

ENRIQUE. Él le paga,
y le paga con usura.

ADOLFO. ¿Con gratitud?

ENRIQUE. Sí.

ADOLFO. ¡Pues vaya,
no es costosa la moneda!

ENRIQUE. ¡Por lo menos es muy rara!

ADOLFO. No te enfades: con mi genio
impaciente, se me escapan
frases que no llevan nunca
mala intención...
(Se dirige al cuadro que está sobre el caballete en la derecha.)
Él trabaja,
y trabaja bien. ¡Qué cuadro
tan bonito! ¿De qué trata?

ENRIQUE. EL SUICIDIO DE WERTHER.
Su última obra, destinada
á la exposición.
(Al terminar Enrique estas palabras, aparece Fernando por la puerta del fondo.)

FERN. (Á Enrique.) ¿Lo estás
criticando á mis espaldas?

ESCENA III.

ADOLFO, ENRIQUE y FERNANDO.

ENRIQUE. (Se vuelve al oir á Fernando, y dice á Adolfo.)
Fernando.

FERN. El mismo.

ADOLFO. ¡Fernando!
(Dirigiéndose á él. Fernando le mira, como deseando conocerlo, y sin poder conseguirlo.)
FERN. (¿Quién podrá ser?) (Dirigiéndose á Adolfo.)
Yo no acierto...
ADOLFO. ¿No me conoces?
(Movimiento negativo de Fernando.)
ENRIQUE. (Á Fernando.) ¡Adolfo!
FERN. ¿Adolfo?
(Como recordando y dirigiéndose á Enrique y á Adolfo.)
¿Mi compañero
inseparable de estudios?
(Ademán afirmativo de Adolfo. Fernando se dirige á él y le abraza.)
¡Dispensa mi ofuscamiento!
¡Quién había de pensar
que tú eras el muchachuelo
aquél, juguetón, alegre!...
¡Si casi parece un sueño
esta agradable sorpresa!
¡Otro abrazo!
ADOLFO. ¡Y diez y ciento!
(Vuelven á abrazarse.)
FERN. Vamos, siéntate... ¡Á mi lado,
(Le hace sentarse junto á él en el diván. Enrique lo verifica en una silla próxima.)
y cuéntame!... No nos vemos
hace tantos años...
ADOLFO. Poco
es lo que contarte puedo.
Que dueño de una fortuna
gasté alegre mi dinero
por el mundo; que á la corte
hace dos meses he vuelto
para arreglar mis asuntos,
y que en estos dias tiempo
he tenido de aprender
á cuánto asciende tu mérito.
Él me dijo... (Por Enrique.)
ENRIQUE. (Á Fernando.) Lo que vales.
FERN. (Á Adolfo por Fernando.)

No hagas caso. De su afecto
brotan sin cesar elogios
que ni admito ni merezco.
Solo en el mundo; sin madre
de cuyo caliente pecho
pudiera absorber la vida,
y la fé, y el sentimiento;
recogido en mi abandono
por un hombre, que derecho
tiene á llamarse mi padre,
pues él me prestó consuelo,
y á él solo debo en el mundo
lo que soy y lo que tengo;
he trabajado, y con ánsia
lucho y lucho por si venzo
algun día, y á ese anciano,
con mis triunfos, pagar puedo
su noble desinterés,
y su cariño sincero.

ENRIQUE. (Á Adolfo.)
Ya lo vés: el mismo siempre.

FERN. Enrique...

ADOLFO. (Á Fernando.) ¡Pues ya lo creo!
¡Y que muy contados hacen
lo que tú! Yo te confieso...

FERN. Tú realzarme procuras
de ese modo.

ADOLFO. ¡Ni por pienso!
¿Yo trabajar?.. ¡Qué fastidio!
Ya sabes que en el colegio
ni brillé por lo estudioso,
ni lucí por el talento.
Tú, en cambio...

FERN. ¡Adolfo, por Dios!

ADOLFO. ¡Pero, Fernando, si es cierto!
¡Si todo el mundo lo sabe!
¡Si fuiste siempre el primero
de nosotros! Si hoy prosigues
trabajando con empeño
para coronar tu frente
con los laureles del genio,
como lo demuestran juntos

pincel, colores y lienzo,
debes convenir conmigo
en que ni aludo ni miento.

FERN. Convendré, si tú lo quieres;
que fuera inútil empeño
el de ocultar mis afanes
á quien logró conocerlos. (Pausa.)
Tengo ambiciones sin tasa,
y, te diré más: yo siento
levantarse algunas veces
del fondo de mi cerebro,
cien imágenes de gloria
que calientan con el fuego
sublime de sus miradas
mis ánsias y mis deseos!
¡Entonces... entonces sí!
¡Entonces capáz me siento
de hacer surgir otro mundo
sobre la nada de un lienzo!
Más ¡ay!... ¡mentiras del alma,
de la calentura engendros!
que cuando llega el instante
de luchar, triste comprendo
que la forma se resiste
á obedecer, y no puedo
grabar, donde mis quimeras
sublimes contornos vieron,
más que raquíticas líneas
y miserables bosquejos;
¡sarcasmos de la impotencia
y abortos del pensamiento!
¡Ay, el porvenir! ¡la gloria!...
¡Dos fantasmas y dos sueños!

ENRIQUE. Que viven en ese cuadro.
(Señalando el quo ocupa el lateral derecha.)

FERN. ¡Quién sabe! (Con duda dolorosa.)

ADOLFO. ¿Quién duda de ello?
¡dirás mejor!—¿Y de amores,
cómo va? Yo doy por cierto
que estarás enamorado.

FERN. ¡Amar!... (Con tristeza.)

ADOLFO. Algún devaneo

no ha de faltarte, seguro:
¡en Madrid los hay á cientos!

FERN. Muchos habrá, pero yo
ni los busco, ni los quiero.

ENRIQUE. No te pareces á Adolfo.

FERN. ¡Cómo!... ¿Tú?... (Á Adolfo.)

ADOLFO. (Á Enrique.) ¡No le hables de eso!
no le refieras mi dicha,
¡Enrique!... no vaya el eco
de mi dicha á ser motivo
de sustos para este ingerto
de pintor y de ermitaño
que, soñador y quimérico,
juzgará cuanto le digas
escándalo y desenfreno!
(Levantándose y en ademán de irse.)

FERN. Escucha, Adolfo...

ADOLFO. ¡Imposible!...
¡nada!... (Á Enrique.) ¡Suplico el misterio!
Ahora, me voy á almorzar.

FERN. ¿Tan pronto?

ADOLFO. Tan pronto. Tengo
que hacer antes unas compras
urgentes. Conque así os dejo...
Digo, como no querais
acompañarme en mi almuerzo.
¿Qué os parece?

FERN. Muchas gracias,
Adolfo. De veras siento
no aceptar ese convite.

ADOLFO. ¿Y tú? (Á Enrique.)

ENRIQUE. Yo tampoco puedo,
un asunto de importancia...

ADOLFO. ¡Al diablo los hombres sérios
que teneis ocupaciones,
y dejais á un compañero
de la infancia. abandonado
á su propio aburrimiento!
En fin, quedaos con Dios.

ENRIQUE. Adios, Adolfo.

FERN. No tengo
que manfestarte...

ADOLFO. Nada.
Acaso volveré luego
á matar dos ó tres horas,
porque á mí me sobra el tiempo.
(Vase Adolfo por el fondo. Fernando le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA IV.

FERNANDO y ENRIQUE, al final D. PEDRO y MARÍA por la puerta lateral izquierda.

FERN. Siempre el mísmo. ¡Tan alegre,
tan cariñoso, tan franco
y tan bueno!
ENRIQUE. Eso de bueno...
FERN. ¿Acaso dudas?
ENRIQUE. ¡Acaso!
FERN. ¿Y en qué razones te fundas
para decirlo?
ENRIQUE. En que es vano,
indolente, calavera,
y el día menos pensado
puede causar muchos males
sin intención de causarlos.
Y si por aturdimiento
llega á cometer un acto
imprudente que destroce
algún sentimiento honrado,
háblale de su bondad
al que haya sufrido el daño.
FERN. ¡Tu suspicacia exagera!
ENRIQUE. ¡Puede ser! (Pausa.)—¿Han traído el marco
que ha de coronar tu lienzo?
FERN. Aún no estaba terminado.
Cuando pasé esta mañana
por el almacén, quedamos
en que á las diez lo traerían,
y me pesa este retardo.
ENRIQUE. ¿Por qué causa?

FERN. Mi deseo
era que todo arreglado
para las doce estuviera.
ENRIQUE. ¿Pues?...
FERN. Á las doce aguardo
una importante visita
que ha de examinar mi cuadro.
ENRIQUE. ¿Quién es?
FERN. María.
ENRIQUE. ¿Tu amor?
FERN. ¡Ay, amor bien desdichado!
¡Amor, que como una culpa,
de todo el mundo recato!
ENRIQUE. Ten confianza.
FERN. ¡Tenerla!...
¿Y cómo tenerla, cuando
entre las gigantes sombras
de mi existencia batallo?
¡Si yo destruir pudiera
el muro que mi pasado
oculta, sí que tendria
esperanzas; pero vano
es mi afán é inútil todo
lo que hice para lograrlo!
ENRIQUE. ¿Quién sabe? Existe una prueba.
FERN. Que fué nuevo desengaño.
Hice bien en ocultarla
á don Pedro, al noble anciano
que por mi padre se tiene,
y á quien hubiera causado
horrible pena saber
que el mismo á quien dió su amparo...
¡Nunca! Ni él debe saberlo,
ni yo de saberlo trato
tampoco.
ENRIQUE. Las esperanzas
á que tu mente dió arraigo,
¿no existen?
FERN. ¡Nuevos dolores
recogí de ellas á cambio!
ENRIQUE. ¿Nada esperas?
FERN. ¡No! Y tú, Enrique,

más que mi amigo, mi hermano,
sabes que estoy en lo cierto.
¿Qué puedo esperar?

ENRIQUE. Acaso
el tiempo venga á ayudarte.

FERN. Han transcurrido dos años
desde entonces, y al presente
nada busco y nada aguardo.

ENRIQUE. Desde aquel día...

FERN. ¿Recuerdas
aquel día?

ENRIQUE. ¡Aviso extraño,
y extraña cita!

FERN. ¡Que nunca
olvidaré! (Pausa.) Agonizando
sobre un lecho miserable
ví á un hombre, llegué á su lado,
le dije quién era, y él,
alzándose con trabajo
sobre la deshecha almohada,
murmuró: «¿Es usted?... le llamo
porque se acerca la muerte
hasta mí, y es necesario
que usted conozca un secreto
que interesa á su cuidado
y que no es mío Á ser mío
no brotára por mis labios.
Su madre de usted...» «¡Mi madre!»
exclamé yo? y él, mirando
en torno suyo, me dijo:
—«¡Vive! Matilde Velasco
es su nombre, y ese nombre
que es mi secreto, lo guardo
con la prueba que acredita
la verdad de mi relato
en este papel.»—Di un grito,
cogí el papel que sus manos
me alargaban, y aquel hombre,
como si el único lazo
que le unía al mundo fuese
su revelación, clavando
en aquel papel sus ojos,

hacia mi tendió los brazos
y cayo lanzando un grito
sobre el lecho desplomado.
—Después te lo dije todo.

ENRIQUE. Y de acuerdo trabajamos
los dos para conseguir...

FERN. Lo que no conseguí al cabo;
que ni el nombre de mi madre,
ni la prueba donde claro
su abandono se leía,
sivieron para ayudarnos.
Y desde entonces, Enrique,
dias y dias pasaron,
y cada dia que vino
un desengaño me trajo:
hasta que al fin, más sereno
mi juicio, me hice cargo
de que todos mis esfuerzos
los emplearía en vano,
y que no era deber mio
buscar á la que olvidando
sus deberes, me dejaba
por herencia el desamparo,
y tal vez su propio nombre
disfrazó, para que á salvo
quedara tu honra: esa honra
que el mundo avalora en tanto!
¡la honradez de superficie,
de hipocresía y de engaño!

ENRIQUE. Pueden existir razones
que justifiquen sus actos.

FERN. ¡Si existen, yo las ignoro;
y mi secreto ocultando
á todos, entre las sombras
de mi desventura avanzo
con mi amor dentro del alma!
¡Amor triste, á cuyos rayos
más se agradan y se espesan
las sombras de mi pasado!
(Enrique hace ademán de interrumpirle.)
¿Qué he de hacer? Solo en mi propio
confio!

ENRIQUE. Pues bien...
PEDRO. (Dentro.) ¿Fernando?
ENRIQUE. Llaman.
(Señalando la puerta lateral izquierda. Fernando se dirige á ella y la abre.)
FERN. ¡Don Pedro... María!...
(Entran D. Pedro y María.)
PEDRO. (Á Fernando.)
¿Acaso te incomodamos?

ESCENA V.

FERNANDO, ENRIQUE, D. PEDRO y MARÍA.

FERN. ¡Nunca!
MARIA. (Á Fernando.) Perdone si llego
á estorbarle.
FERN. ¡Por favor,
María!... (Á D. Pedro.) ¿Y usted, señor?
¿Y don Julián?
MARIA. Papá luego
viene.
FERN. ¿Al estudio?
PEDRO. Desea
ver tu lienzo terminado,
y aunque está muy ocupado
con la enojosa tarea
de prestar colocación
á los cuadros que remiten
cuantos pintores compiten
juntos en la exposición,
aprovechará un segundo
y vendrá á verte.
FERN. No sé
cómo he de pagar á usté
su interés grande y profundo,
que intentarlo es desvarío.
PEDRO. Pues lo pagas por demás,
cuando tantas pruebas das
de merecerlo, hijo mío.

FERN. Yo... señor...
PEDRO. Pongamos tasa
á tu amor y á tu respeto,
y vengamos al objeto
que nos conduce á tu casa.
MARIA. ¡El cuadro! (Á Fernando.) Fué culpa mía,
pero tanto oí elogiarlo,
que deseo contemplarlo.
(Fernando se dirige al sitio que ocupa el cuadro, y señalándole á María, dice.)
FERN. Ahí lo tiene usted, María.
(Todos se acercan al cuadro. María en primer término, Fernando algo retirado.)
ENRIQUE. (Á María.)
Muy hermoso, ¿no es verdad?
MARIA. (Á Enrique.)
Tan honda angustia refleja,
que más que ficción semeja
amarga realidad.
FERN. ¿Realidad?... Algo tiene
de real esa pintura,
y aun siendo copia insegura,
toda una historia contiene.
MARIA. ¿Una historia?
FERN. Verdadera.
La historia de un amor ciego
y sombrío.
MARIA. Yo le ruego
que esa historia me refiera.
FERN. ¿Para qué? Sólo dolor
en ella encontrar podemos.
PEDRO. ¿Quieres que te lo roguemos
nosotros también?
FERN. Señor...
PEDRO. Julián aun debe tardar,
y tiempo de sobra queda.
Conque así...
MARIA. (Á Fernando.) Á mi ruego acceda.
FERN. (Á María.)
Lo quiere usté.
MARIA. ¡Á no dudar!
(Fernando invita á todos á que se sienten, ellos lo

hacen; breve pausa)

FERN. ¡Carlota y Werther!... ¡Qué pura
la fé de sus corazones!...
¡qué triste fué su locura!
qué breves sus ilusiones!
¡qué inmensa su desventura!
Ella inocente y honrada,
él poeta y soñador,
sin darse cuenta de nada
comenzaron la jornada
de su desdichado amor.
Así lo quiso el destino,
y así ellos, faltos de tino,
fueron sembrando de flores
el espinoso camino
de sus futuros dolores,
sin ver que su desdichada
pasión se encontraba rota
al nacer, y encadenada
á una promesa otorgada
por el padre de Carlota.
Promesa que fué exigida,
y Werther miró cumplida
y alcanzada por un hombre
á quien, la mujer querida
dió su cariño y su nombre.
Quiso huir... ¡Funesto error!
¿Quién logra huir del amor,
si el amor atrae lo mismo
que la sombra y el dolor
que la duda y el abismo? (Pausa)
—Desde entonces... ¿Quién podría
pintar la lucha empeñada
en aquella alma sombría
que por instantes moría
amante y desesperada?
Carlota, ya sin defensa,
se hallaba anté él, y cobarde
se estremecía, propensa
á sentir... ¿Qué pecho no arde
en hoguera tan inmensa?...
¡Y una tarde, alucinada,

por Werther, cayó en sus brazos;
y aunque de ellos salió honrada,
de ellos huyó avergonzada
y hecho el corazón pedazos!
Inmóvil Werther quedó;
llorando el suelo besó;
después, con la vista incierta,
alzóse, ganó la puerta,
lanzó un suspiro y partió.
(Pausa.)
¡Así llegó á su aposento,
frío, autómata, inconsciente,
sonámbulo, macilento
de un horrible pensamiento
que le abrasaba la frente;
y á solas con la traidora
fiebre, que mata y devora,
se hundió en esa horrible calma,
fatídica precursora
de las asfixias del alma!
Al fin la noche llegó;
Werther un arma empuñó...
alzó hasta la frente el brazo...
un cárdeno fogonazo
rasgó la sombra... ¡y cayó!
—Ese momento postrero
para mi cuadro he escogido,
(Fernando se levanta y señala el cuadro.)
y allí sangriento, rendido,
está el cansado viajero
que para siempre ha partido.
Vedle: una lágrima oscila
en su enturbiada pupila;
última callada queja
de una razón que vacila
y de un alma que se aleja!
¡El brazo sobre el sillón;
el arma, cuya explosión
le dió la muerte, apretada
entre su mano crispada
por la última convulsión;
deshecho el manchado traje;

dos cartas sobre la mesa...
y en el fondo del paraje
el nublado cortinaje
de la sombra que se espesa!

MARIA. Historia amarga y sombría
que supo tomar color
en el lienzo de un pintor
como usted.

FERN. Gracias, María...

ENRIQUE. (Á María.) ¡Tanto Werther la interesa!

MARIA. Mucho. (Á Enrique.)
(Á Fernando.) ¡Me hizo usted llorar!

FERN. (Á María.) Se podían relatar
muchas historias como esa.
¡Hay tantos pechos heridos
en su fé, en sus ilusiones!...
¡Viven tantos corazones
reprimiendo sus latidos
de soñados ideales!...
¡Revisten tal crueldad,
tal furia, tal impiedad
nuestras costumbres sociales,
que mil hombres, su infinito
amor, aunque sea honrado,
lo sufren como un pecado,
lo guardan como un delito!
y es que saben que al luchar
por sus amantes empresas,
contra murallas espesas
é imposibles de salvar,
chocaría su pujanza
y abjuran de sus delirios
devorando los martirios
de un amor sin esperanza.
(Movimiento de extrañeza y negación en María.)
¡Ley del mundo!

MARIA. ¡Ley impía
que no acierto á comprender!
¡Si yo llegase á querer
á algún hombre, le querría
por sí, por lo que él valiera,
no diferiendo á razones

y á nécias imposiciones
de los demás.

FERN. (Bajo á María.) Si eso hiciera...
si caprichos despreciando
y al mundo teniendo en poco
venciese... (¿Dónde vas, loco?
¡Tú no eres Werther, Fernando!)
(Breve pausa.)

ENRIQUE. (Levantándose y dirigiéndose á María.)
¡Alma pura y pecho honrado
el que piensa, cree y siente,
lo que usted tan noblemente
con sus frases ha expresado!

FERN. (Aparte por María.)
(¡Mi desdicha no condena!)

MARIA. (Á Enrique.) Gracias por tanto favor.

ENRIQUE. Adios, Fernando. ¡Señor
don Pedro, mi enhorabuena!
Á los piés de usted, María.

MARIA. Adios.
(Fernando y Enrique se dirigen á la puerta del fondo.)

FERN. (Á Enrique.) ¿Volverás aquí?

ENRIQUE. (Á Fernando.) Á las tres vengo por tí.
(Vase Enrique por el fondo.)

ESCENA VI.

MARÍA, FERNANDO y D. PEDRO.

Al dirigirse Fernando al sitio que antes ocupara, María se levanta y dice:

MARIA. Y yo que olvidado había...

PEDRO. ¿El qué?

MARIA. Que aguarda papá.

PEDRO. Es cierto. (Á Fernando.) Yo le dí cita
para hacerte una visita
en mi casa, y estará
acaso esperando.

FERN. Iré
á buscarle en un momento.
(Hace ademán de dirigirse á la puerta lateral izquierda.)
MARIA. De ningún modo consiento,
Fernando... Yo bajaré.
FERN. Pero María...
MARIA. Es así
mi gusto.
FERN. María...
MARIA. ¡No!
(Al ver que Fernando quiere interrumpirla.)
Puesto que lo mando yo
debe usted quedarse aquí.
FERN. Si es que lo exige su empeño. .
(Se dirige á la puerta de comunicación y la abre. María se encamina á ella.)
MARIA. Adios.
(Sale María por la puerta lateral izquierda. Fernando se queda mirando al sitio por donde ha salido María.)
FERN. ¡Fuera tan dichoso
con su cariño!... ¡Qué hermoso
y qué irrealizable sueño!
(D. Pedro se ha levantado dirigiéndose hacia Fernando, de tal modo que al volver éste la cabeza se encuentra con aquél.)

ESCENA VII.

FERNANDO y D. PEDRO.

PEDRO. ¿La quieres mucho? (Con cariño.)
FERN. ¡Señor!... (Confundido.)
PEDRO. El negar es excusado!
te conozo demasiado...
FERN. ¡Oh!
PEDRO. Para ignorar tu amor;
y fueran vanos antojos
negar con fingida calma
lo que no cabe en el alma

y se extiende por los ojos.
(Fernando haco como si quisiera hablar, tratando de disculparse.)
No pretendas ocultarlo
ni renegar de tu fé
porque no te creeré.

FERN. Pues bien, ¿para qué negarlo?
Sí, padre mío, la quiero
con el alma y con la vida,
y se halla á mí tan unida,
que en vano me desespero
por vencer esta invencible
pasión! nada hay que la ablande,
porque mi amor es tan grande...
¡tan grande, como imposible!

PEDRO. ¿Imposible?... ¡Pues no atino
por qué causa ó qué razón.
Sí María tu pasión
atiende, como imagino
que ha de hacerlo cariñosa,
y tú sumas un portento
de hidalguía y de talento,
siendo ella honrada y hermosa,
no sé dónde está el abismo
que os separa y os divide,
ni hallo la causa que impide
tu amor.

FERN. ¿La causa?... ¡Yo mismo!

PEDRO. ¿Tu?

FERN. Yo.

PEDRO. Deja que me asombre.

FERN. Mi desgracia.

PEDRO. ¡Tu locura!
para alcanzar tu ventura
¿qué necesitas?

FERN. Un nombre.

PEDRO. ¿Nombre?

FERN. Nombre, sí señor.
Algunas letras que unidas
y á Fernando reunidas
me dieran linaje, honor...
Eso que el mundo ha querido

reverenciar de tal modo
que forma el todo, de todo
lo que existe... ¡Un apellido!

PEDRO. ¿Y por eso miedo cobras?...
¡pues no lo debes tener!
El hombre, ni puede ser,
ni es más que hijo de sus obras;
y neciamente te irritas
y loco temor te asalta.
Ese nombre que te falta,
¿para qué lo necesitas?

FERN. Así piensa usted, señor,
porque, noble, cariñoso,
su espíritu generoso
—pero poco observador—
mira con desdén profundo
las herencias del pasado,
y le tienen sin cuidado
las exigencias del mundo!
Pero yo que vivo en él,
yo que de su orgullo necio,
peso el injusto desprecio
y la ingratitud cruel,
sé que mi anhelar es vano,
y que el padre de María
á mi afecto se opondría.

PEDRO. ¡Mi hermano!

FERN. Justo: su hermano.

PEDRO. ¿Tal dices?...

FERN. En él están
esas ideas vivientes;
que lo que piensan las gentes,
piensa también don Julián.

PEDRO. ¿Él?... ¡Fernando, vuelve en tí!
¡Es imposible!

FERN. Es seguro.

PEDRO. ¡No lo creas! Yo te juro...

FERN. Yo le digo á usted que sí.
—Yo que de la sombra salgo,
¿cómo podría ofrecer
mi cariño á esa mujer!
¿Qué represento? ¿Qué valgo?

En sus preocupaciones
la sociedad me condena
á sufrir una cadena
de férreos eslabones
que interrumpen mi camino
para trasformarse al cabo
en el miserable esclavo
de su razonar mezquino;
que me ultraja, que me acusa,
y detiene el alma mía
ante la imágen sombría
de los muros de una inclusa.

PEDRO. Sientes mucho y piensas poco,
Fernando; te lo aseguro.
Ni Julián será tan duro,
ni el mundo es así tampoco,
ni tú necesitas cuna
que te aliente y que te ayude,
ni hace falta que te escude
ninguna fuerza!

FERN. ¿Ninguna?

PEDRO. ¡Ninguna, no me arrepiento!
¡Ninguna! porque yo sé
que basta la que te dé
la gloria de tu talento,

FERN. ¡Mi talento! (Con ironía.)

PEDRO. (Con convicción.) ¡Lo que vales!

FERN. Esa es muy frágil barquilla
para llegar á la orilla
de las borrascas sociales. (Breve pausa.)
¿Qué valen los pensamientos
y el arte y la inspiración
y la fuerza y la razón
con sus diversos acentos,
y su poderosa lumbre,
ni qué pueden alcanzar
cuando tienen que luchar
enfrente de una costumbre,
—infame, pero arraigada,—
y que sostiene en sus hombros
los formidables escombros
de cientos de siglos? ¡Nada!

¡Poco importa que al nacer
á esta vida miserable,
sea el hombre irresponsable
porque no pudo escoger,
ni que el huérfano, inocente
se halle de culpa ó delito;
la costumbre, su maldito
sello le graba en la frente
porque sí! ¡con el derecho
que le da su extraordinario
poder! ¡porque es necesario
que alguien responda del hecho!
¡Y á quién todo le disculpa,
al que nada pudo hacer...
á ese, toca responder
con su infamia de la culpa!

PEDRO. ¿Y en qué cifra su profundo
rencor, su enorme impiedad?

FERN. Los cifra, en la antigüedad
de su existencia en el mundo.
Y es vano que tal sentencia
el expósito maldiga;
no ha de impedir que le diga
la mundanal conveniencia.
—«¿Tienes genio, inspiración
alientos para crear
y fuerzas para luchar
y sentimiento y pasión?...
¡Lucha! mi saña cruel
nunca te dará al olvido:
¡Serás un pária, ceñido
de coronas de laurel!
Mis aplausos los tendrás
si, por dicha, los mereces,
mis elogios muchas veces;
¿pero buscas algo más?...,
¿Estimación, confianza,
cariño en la casa agena
porque tu conducta es buena
y lógica tu esperanza?
¿Piensas lograr tu ventura
y tu dicha cimentar

acariciando en tu hogar
á la hija honesta?... ¡Locura!
¡ilusión!...» – En vano gimen
los méritos que has logrado;
la sociedad de su lado
te arroja, fruto del crímen,
y tienes que tolerar
sus insultos, su desprecio...
¡por qué has olvidado, nécio,
que para poder surcar
el mar de su ley impía,
con razón ó sin razón,
te hace falta un pabellón
que cubra la mercancía!

(D. Pedro que le ha escuchado con dolorosa atención se acerca á él conmovido.)

PEDRO. ¡Pues si el mundo piensa así,
despréciale tú también,
y no busques más sostén
que el que yo te brindo aquí!

(Tendiéndole los brazos. Fernando se precipita en ellos, y después de una buena pausa, D. Pedro dice.)

¡Pero no!... ¡Si es desvarío
de tu herido pensamiento!
De igual forma que yo siento,
puedes sentir, hijo mío,
Julián. (Movimiento negativo de Fernando.)
Es un hombre honrado.

FERN. Pero es su padre.

PEDRO. ¡Mejor!
Cuando conozca el amor
por vosotros cimentado,
aunque el mundo se lo exija
no se opondrá, y es lo justo,
á un amor que forme el gusto
y la ventura de su hija.

FERN. Señor, en mil ocasiones
yo he pensado de ese modo
porque lo he medido todo,
desengaños é ilusiones;
y he creido comprender

que en la lucha comenzada,
está ya mi suerte echada
y nada puedo obtener.

PEDRO. ¿Nada?... ¡Poca es tu firmeza!
no puedo creer en tí
que retrocedas así
cuando el combate se empieza.
¡El hombre al mundo ha venido
para luchar con la suerte!
¡Ni en el umbral de la muerte
debe darse por vencido!
¿Tú cedes?... ¡Error profundo
es ceder! Tu causa es buena.
Si ese mundo la condena
¡procura vencer al mundo!

ESCENA VIII.

DICHOS y JUAN por el fondo.

JUAN. ¿Señorito?... Una señora
dice que verle desea.
(Movimiento de extrañeza en Fernando.)

FERN. ¿No adivinaste quien sea?

JUAN. No la conozco.

FERN. Á esta hora...
¿Te dijo su nombre?

JUAN. No.
Dijo que solo quería,
ver á usted; que esperaría,
y allá fuera se sentó.

FERN. ¡Visita extraña!

PEDRO. Será,
sin duda, una admiradora
del arte, que sabedora
de lo que vales, vendrá
á utilizar tu talento.
Aprovecha la ocasión.
Yo bajo á mi habitación,
y allí entretendré un momento
á María y á Julián,

que habrá acudido á mi cita,
mientras dura tu visita,
y conmigo subirán.

FERN. Será breve.
(Sale D. Pedro por la puerta lateral izquierda.)

JUAN. ¿Qué le digo?

FERN. Que pase. (Sale el criado.) ¿Quién podrá ser
la que ahora me viene á ver
al estudio?... (Como si tratara de recordar.)
No consigo...

ESCENA IX.

FERNANDO y CARLOTA por el fondo.

FERN. Señora...

CARL. ¿Es usté el pintor
cuyos talentos proclaman
la fama?...

FERN. Ni esa es mi fama,
ni merezco tal honor.
(Invita á Carlota para que se siente; ésta lo hace en el diván.)

CARL. Si lo merece.
(Movimiento negativo de Fernando.)
No insista,
porque al venirle á buscar,
sé que puedo confiar
en sus talentos de artista.

FERN. Tal juicio solo es debido
á su bondad. (Movimiento negativo de Carlota.)
¿Cómo no?

CARL. Usted supone que yo...

FERN. Mi nombre es desconocido.

CARL. No á todos por modo igual.
Yo sé de alguien que le ofrece
el aplauso que merece.

FERN. ¿Quién?

CARL. Un amigo leal.

FERN. ¿Enrique de Soto acaso?

CARL. Nombre nuevo para mí.

FERN. ¿No es él?
CARL. No se llama así.
FERN. Será...
CARL. El nombre no hace al caso.
FERN. Pero...
CARL. Bástele saber
que el amigo que me envia
á su estudio, supo un día
que yo me pensaba hacer
un retrato, y al momento
me habló de usted, admirando
su inspiración, elogiando
su porvenir, su talento
de artista, á los que juntaba
el recuerdo y la memoria
de su vida y de su historia.
FERN. (Con amargura.)
¡También mi historia contaba!
CARL. Me dijo que desleal,
ó traidora la fortuna,
dejó huérfana su cuna
del cariño maternal;
que perdido ú olvidado
por quien tenia deber
de amarle, se vió al nacer
en el mundo abandonado,
y que en su triste camino
un hombre le recogió,
y entre sus brazos le dió
amparo contra el destino.
FERN. Es cierto. ¡Pronto en mi historia
vino mi nombre á fundirse;
pronto vinieron á unirse
mi desventura y mi gloria!
Enemigas son las dos;
una es honra, otro delito,
más por consorcio maldito
van la una de la otra en pos,
y una á la otra reunida
procura siempre ofrecerme
la suerte para venderme,
en cada triunfo una herida.

CARL. ¿Le ofendí acaso?

FERN. No tal.
De mis desdichas me acuerdo,
y mi posición recuerdo
frente al código social
que en azares de la suerte
halla un delito y lo pena,
y al inocente condena
y en criminal lo convierte.
Pero ofensa... ¿en qué ocasión
hallarla?... Usted al hablarme
como lo hace, viene á darme
pruebas de su estimación,
y no ofende la bondad,
señora.

CARL. ¿No me engañaba
quien su historia me contaba?

FERN. Decia á usted la verdad.
Pero me hallo molestando
su atención...
(Como si quisiera tratar de otra cosa.)

CARL. De ningun modo.
Me interesa mucho todo
lo que dice usted, Fernando.

FERN. (Aparte, extrañado del modo de Carlota.)
(¡Ese acento!)

CARL. (Como si quisiera justificar su exclamación.)
Una persona
que es digna de mi respeto
y á quien prometí el secreto
de su nombre, á usted abona,
é hizo por usted surgir
mi interés cuando me hablaba
de usted, y le presagiaba
un glorioso porvenir.

FERN. ¿Porvenir?... ¡Ójala yo
alcanzase á merecerlo!

CARL. ¿Para qué?

FERN. Para ofrecerlo
á quien amparo me dió;
á mi padre, al noble anciano
que mi corazón adora!

CARL. ¿Le ama usted mucho?
FERN. ¡Señora,
si cabe en lo que es humano
lo infinito, así le quiero.
CARL. ¿Y no hay para usted en el mundo
etro afecto más profundo?
FERN. ¿Cuál?
CARL. Uno imperecedero.
FERN Este es iumutable y fijo.
CARL. Aún mayor puede existir.
FERN. No sé...
CARL. El que debe sentir
hacia sus padres un hijo.
FERN. Así lo siento por él.
CARL. Y los que vida le dieron...
los que antes sus padres fueron...
FERN. Esos... (Con desprecio.)
CARL. ¿Será usted cruel
con ellos? (Con ansiedad.)
(Al ver que Fernando sigue sin responder.)
¿No me contesta?
FERN. No la puedo contestar.
¿Qué respuesta voy á dar?...
El silencio es mi respuesta,
y es la respuesta mejor
que mi labio encontraría.
CARL. ¿Pero usted les negaría
su amor, Fernando?
FERN. (Con sorpresa.) ¡Mi amor!
¡Me lo negaron á mí
ellos también! ¿Con negarles
mi amor, qué hiciera?... ¡imitarles!
CARL. ¿Eso imagina usted?
FERN. ¡Sí! (Pausa.)
—Cuando yo dejé de ser
una entraña que se agita
y en otra entraña palpita
y alma se quiere volver;
cuando la vida me dió
su primer beso de luz,
busqué cuna y hallé cruz;
sólo mi cuerpo quedó

presa de angustias mortales:
giron humano lanzado
al torbellino encrespado
de las borrascas sociales!
¡Tal me hicieron y tal soy!

CARL. Sus padres...

FERN. ¿Su orgullo necio
no me condenó al desprecio?
Lo que me dieron les doy.

CARL. Y si alguna vez llorando
sus culpas, á usted vinieran
y su apoyo le pidieran,
¿qué diría usted, Fernando?

FERN. Si lo que no llegue á ser,
en peligro se encontraran
y de mí necesitaran...
por costumbre, por deber,
olvidando mi rencor,
ayuda les prestaría.
¡Por lástima, sí lo haría!
¡Pero nunca por amor!

CARL. ¡Lástima sólo!
(Con entonación dolorosa.)

FERN. (Con frialdad.) ¡Negada
me fué por ellos!
(Aparte y fijando su atención en Carlota.)
(¡Parece
que su rostro palidece!)
¿Qué tiene usted?

CARL. ¿Quién?... ¿Yo? ¡Nada!
(Como si tratara de explicar su actitud.)
Su despego... su desdén
hacia quien vida le dió
me hacen sufrir... porque yo
¡he sido madre también!

FERN. ¿Es usted madre?... De cierto
le sorprende mi desvío,
(Explicándose la pena que manifestaba Carlota.)
porque su hijo...

CARL. El hijo mío...

FERN. ¿La querrá á usted mucho?

CARL. ¡Ha muerto!

(Pausa.)—Mas su historia y mi disgusto
dejaremos, si le es grato.
Hablemos de mi retrato.
¿Lo hará usted?

FERN. Con mucho gusto.
Y si ahora me dice...

CARL. ¿Qué?

FERN. Su nombre.

CARL. (Si acaso nota
quien soy...) (Después de vacilar un momento.)
Me llamo Carlota.

FERN. ¿Y sus señas?

CARL. Yo vendré
á verle. Y de mi visita
usted guardará el secreto
á todos...

FERN. Se lo prometo.

CARL. La causa...

FERN. No necesita
ni decirla ni explicarla,
ni yo saber la razón
que inspira su decisión;
me basta con respetarla.

CARL. Agradezco la bondad
de usted, y si los merezco
y no le ofenden, le ofrezco
mi cariño y mi amistad.

FERN ¡Señora!...

CARL. ¡Adios! Volveré;
y aunque esté lejos de aquí,
acuérdese usted de mí,
que yo no le olvidaré.
(Sale Carlota por el foro.)

ESCENA X.

FERNANDO, después MARÍA.

FERN. ¿Para qué pudo venir
á verme? ¿Qué pretendía?
¿Qué buscaba?... ¿Qué quería?
¡Porque algo quiso decir

al hablar de mi pasado!..
¡Algo vibraba en su acento!
¿Pero qué fué?... ¡En vano intento
descubrirlo! ¿Su cuidado
era lástima?... ¿Era amor?...
¿Capricho?... ¿Qué pudo ser?...
¿Qué me trajo esa mujer,
un consuelo ó un dolor?

(Fernando queda un momento en actitud reflexiva. María dentro y llamando á la puerta lateral izquierda.)

MARIA. ¡Fernando!

FERN. (Al oir la voz de María levanta la cabeza.)
¿Qué me detiene?
¡Ellos son! ¿Qué importa ya
un recelo que se va
cuando la esperanza viene?

(Se dirige á la puerta lateral izquierda y la abre. Entran por ella María, D. Pedro y D. Julián.

ESCENA XI.

FERNANDO, MARÍA, D. PEDRO y D. JULIÁN.

FERN. ¡Don Julián! (Como satisfecho de verle.)

PEDRO. (Á Fernando.) Sí: me cumplió
lo que tenía ofrecido,
y á ver tu cuadro ha venido.

FERN. (Á D. Julián.) ¿Cómo agradecerle?...

JULIAN. No;
no tienes que agradecer
el que te venga á rendir
mi aplauso.

FERN. Usté ha de decir
si lo puedo merecer.

(Señalando el cuadro. D. Julián se aproxima á verlo con D. Pedro. Fernando dice á María señalando unas flores que ésta lleva prendidas en el pecho.)

¿Flores?

MARIA. Y de las mejores
que en mi jardín pude hallar.

FERN. No envidiarán el lugar

que dejaron esas flores.
¡Más que antes felices son!

MARIA. ¿Las quiere usted?
(Quitándose el ramo que lleva en el pecho y ofreciéndoselo á Fernando.)

FERN. (Tomando las flores.) ¡Si á aceptarlas
me atrevo, es para guardarlas
cerca de mi corazón!

JULIAN. ¡Notable! (Á D. Pedro por el cuadro.)
(Á Fernando.) ¡Gloria al artista
que así produce y completa
con alientos de poeta
su pincel de colorista!
¡Ese cuadro tan hermoso
es la promesa evidente
de un triunfo para el presente
y de un porvenir glorioso!

FERN. ¡Oh, señor!

PEDRO. (Á Fernando.) ¡Deja que acabe!

JULIAN. (Á Fernando.)
¡Quien hace lo que tú has hecho
á todo tiene derecho!

FERN. ¿Á todo? (Con tono de duda.)

JULIAN. ¿Qué duda cabe?

PEDRO. (Á Fernando.) ¡Al fin se cumple tu afán!
¡Tu obra te ensalza y te escuda!

FERN. ¡Á todo!

JULIAN. Á todo.

PEDRO. ¡Y aún duda!
¿No te lo dice Julián?

JULIAN. ¡Y lo repito!

PEDRO. Ya ves
que él y yo de acuerdo estamos.
¡Y ahora á la mesa! Almorzamos
hoy en mi casa. (Á D. Julián y á María.
(Á Fernando.) ¡Después,
cuando se acerque el instante
de la batalla, á triunfar!

FERN. ¿Triunfaré?

PEDBO. ¡No vacilar!
¡Fuera temor y adelante,
que pronto se acerca el día

de la exposición!

JULIAN. (Á Fernando.) ¡Allí
habrá un premio para tí!

PEDRO. ¡El mejor!

JULIAN. (Á María.) Vamos, María.

(Fernando da el brazo á María, y mientras D. Julián y D. Pedro se dirigen al lateral izquierda.)

FERN. ¡Yo aspiro á triunfo mayor!

MARIA. ¿Cuál?

FERN. ¿Á usté no se le alcanza?
¡Una frase de esperanza
y una sonrisa de amor!

(Se dirigen á la puerta izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero, con la sola diferencia de que el caballete donde estaba EL SUICIDIO DE WERTHER, se encontrará desocupado.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO y ENRIQUE.

ADOLFO. Gran triunfo es el de Fernando.
ENRIQUE. Tanto como merecido.
ADOLFO. Es cierto. ¿Y aún no ha venido?
ENRIQUE. No.
ADOLFO. Yo le estuve buscando
por toda la Exposición
sin conseguir encontrarle,
y aquí vine para darle
un cariñoso apretón
de manos, y descansar
un momento y tomar cuenta
de tanta escena sangrienta
como tuve que mirar
en cada lienzo que ví.
Te digo que no comprendo
esa afición, que á lo horrendo
tienen los pintores.
ENRIQUE. ¡Dí

que te aburriste; que nada
de lo que el talento ofrece
allí, tu elogio merece;
que todo te desagrada!

ADOLFO. ¡Todo no!... ¡Pues debo hacer
en justicia y en razón
honrosísima excepción!

ENRIQUE. ¿Y cuál es, vamos á ver,
el trabajo que se escuda
de tu crítica sangrienta?

ADOLFO. El cuadro que representa
una vacante desnuda.

ENRIQUE. ¿Aquél?... (Ademán afirmativo de Adolfo.)
(Con ironía.) ¡Buen gusto denota!

ADOLFO. Y tus burlas no permito,
porque en el cuadro que cito
el arte á raudales brota.

ENRIQUE. ¿Sí?

ADOLFO. No el arte funeral
donde se agita y encierra
con ferocidad que aterra
lo monstruoso y lo espectral,
sino el arte, donde unido
á un goce que nada turba,
con lo bello de la curva
va lo fiel del colorido.
Sobre tanta multitud
de lienzos, ese descuella,
pues no hay actitud tan bella
como la hermosa actitud
de aquella mujer que, loca
por sus convulsos antojos,
con la embriaguez en los ojos
y la sonrisa en la boca,
hace vivir y crecer
entre febríles empeños
cuantos delirios y sueños
puede forjarse el placer!

ENRIQUE. Chico, mucho te alborota
esa reina de la orgía,
y no sé lo que diría
si te escuchara Carlota.

ADOLFO. ¡Carlota!
ENRIQUE. Sí. ¿Es que al olvido
la relegaste?
ADOLFO. No espero
hacerlo nunca, y la quiero
como nunca la he querido.
ENRIQUE. Perdona: creí notar
en tí, cuando la nombrabas,
un tono...
ADOLFO. Te equivocabas;
no fué olvido, fué pesar.
ENRIQUE. ¿Pesar?
ADOLFO. Sí; porque imagino
que anda cerca de engañarme,
y que pretende ocultarme
algo que yo no adivino,
que la separa de mí
y me hace de ella dudar.
Hoy, al quererla llevar
á la Exposición, la ví
dejarme triste é inquieta
sin atender á mi ruego.
En vano pretendí luego
saber la causa. Enriqueta,
su amiga, tampoco alcanza
el por qué de sus acciones;
tampoco encuentra razones
que motiven su mudanza.
Yo pienso que huye de mí,
y temo su amor perder
porque yo amo á esa mujer.
ENRIQUE. (Con sorpresa.) ¿Que amas á Carlota?
ADOLFO. Sí.
¡Ella es mi vida!
ENRIQUE. ¡Mejor
dijeras que es tu delirio,
tu fiebre!
ADOLFO. Pues bien; martirio,
locura, fiebre ó amor,
á Carlota pertenece,
que su belleza me abrasa,
y en cada día que pasa,

más hermosa me parece.

ENRIQUE. Lazos que forma el capricho
el capricho los deshace
luego que se satisface.

ADOLFO. ¡No me entiendes! Ya te he dicho
que no es capricho. La quiero
aun después de poseerla:
¡y temo tanto perderla...
que agena la considero!

ENRIQUE. Algún día cederás
en tu afán, y al separaros,
no volvereis á acordaros
de que os amásteis jamás.

ADOLFO. ¡Olvidarla yo!

ENRIQUE. Olvidarla
por lo mismo que hoy la adoras.

ADOLFO. ¡Bien se conoce que ignoras
lo que hice para lograrla!
Si ella rodase á un abismo,
á su lado rodaría.
¿Olvidarla?... ¡no! Sería
olvidarme de mí mismo.
De ella no puedo apartarme,
y sigo tenaz su huella.
Enrique, ¡ay de mi! y ¡ay de ella!
si ella pretende engañarme.

ENRIQUE. Jamás creí que podrías
alzar tanto tu interés
en amores.

ADOLFO. Pues ya ves
que en mal juicio me tenías.
Pero Fernando no viene
y yo...

ENRIQUE. Es posible que esté
con don Pedro.

ADOLFO. Volveré
más tarde. Díle que tiene
en mí un admirador ciego
de su triunfo y de su gloria,
y que gozo en su victoria
tanto como él.

ENRIQUE. (Acompañándole hasta la puerta del fondo.)

Hasta luego,
Adolfo.
(Antes de llegar á la puerta se escucha dentro la voz de D. Julián.)

JULIAN. No tardarán.
Aquí los esperaré
en tanto que vienen.

ADOLFO. (¿Qué?...
¿Ese acento?...)
(Aparece D. Julián en la puerta del fondo y cede el paso á Adolfo.)
(¡Don Julián!)
(Mientras Adolfo atraviesa la escena, D. Julián le mira como si tratara de reconocerle. Sale Adolfo y D. Julián se dirige á Enrique.)

ESCENA II.

D. JULIÁN y ENRIQUE.

JULIAN. Enrique, ¿quien es ese hombre?

ENRIQUE. Un amígo de colegio
recien llegado á Madrid,
donde discurre su tiempo
entre placeres. Adolfo
de Aguilar.

JULIAN. ¿Ese sujeto?

ENRIQUE. Sí señor.

JULIAN. ¿Y es muy amigo
de ustedes?

ENRIQUE. Años enteros
estuve sin verle.

JULIAN. ¡Nada
ha perdido usted con ello,
Enrique, porque ese Adolfo
es un esclavo sujeto
á la argolla de sus vicios,
por los cuales sirvió ciego
traidores planes, matando
á un hombre honrado en un duelo!
á un hombre á quien yo quería
más que como amigo y deudo,

como hermano, que de hermanos
fué en la vida nuestro afecto!

ENRIQUE. Un lance de honor?

JULIAN. ¡De infamia
debe usté decir! Sangriento
azar que roba la vida
á un sér, y tiene su premio
en harturas repugnantes
de un capricho y un deseo,
es lance de infamia, indigno
del honor de un caballero!

ENRIQUE. ¡Cómo! ¿Dice usted que Adolfo?...

JULIAN. ¡Fué entonces el instrumento
de una mujer codiciosa
á quien maldigo y desprecio!

ENRIQUE. ¿De Carlota?

JULIAN. ¿La conoce
usted?

ENRIQUE. Adolfo es su dueño.

JULIAN. ¿Todavía?... ¡Que me extraña!
Ella infame, y él artero,
son dignos la una del otro,
y su constancia comprendo.
(Aparecen en la puerta del fondo D. Pedro y Fernando.)

ESCENA III.

D. JULIÁN, ENRIQUE, D. PEDRO y FERNANDO.

PEDRO. ¿No te lo dige? (Á Fernando por D. Julián.)
(Dirigiéndose á su hermano.) ¡Julián!

FERN. ¡Enrique!
(Estrechando la mano de Enrique; que se ha dirigido á él.)

JULIAN. (Á D. Pedro y á Fernando.)
¡Yo, que os espero,
para rendir á Fernando
el aplauso que su genio
ha ganado!

PEDRO. (Á D. Julian.) Aquí nos tienes

á mí por él satisfecho,
y á él vencedor y dichoso.

FERN. Tan dichoso, que no acierto
á comprender mi ventura,
y la disfruto, y la llevo
dentro de mí, y todavía
dudo, y en ella no creo.

JULIAN. ¿Y por qué?

FERN. ¡Porque es tan grande,
que inútilmente me esfuerzo
en darle forma, y vacilo
siempre que de ella me acuerdo!
¡Siempre sí, que es infinita
mi ventura, y no me atrevo
á creer que quepa todo
un infinito aquí dentro.

PEDRO. Pues no dudes, ni vaciles,
ni temas, que todo es cierto
como mi propia alegría,
como el amor que te tengo.

ENRIQUE. (Á Fernando.)
¡Triunfaste por fin!

FERN. (Á Enrique con alegría y gratitud.) ¡Enrique!

JULIAN. ¡Y el triunfo ha sido completo!

PEDRO. Como tú mismo no sabes
ni él tampco. Yo, que atento
seguí del tropel curioso
que delante de aquel lienzo
se agrupaba, las menores
palabras, los más ligeros
ademanes. he podido
comprender hasta qué extremo
su victoria proclamaba
la multitud, aplaudiendo
á una voz, la triste imágen
á que su pincel dió cuerpo. (Á Fernando.)
Y mientras ella aplaudía
tu inspiración, tu talento,
yo te robaba pedazos
de aquella gloria, diciendo
entre alegre y egoista;
—«Verdad que fué su cerebro

quien prestó vida á la imágen
que aplauden, pero yo llevo
parte en su triunfo, que he dado
con el calor de mis besos,
¡vida al alma, del que su alma
arrojó sobre ese lienzo!

FERN. Padre mío, no una parte,
cuanto soy y cuanto tengo
es de usted, por quien yo existo
y á quien todo se lo debo...
¡y á usted también! (Á D. Julián.)

JULIAN. No, Fernando.

FERN. ¡Á usted que fué mi maestro,
mi protector!

JULIAN. ¡Tu victoria
goza como único dueño
á cambio de tu ventura
que todos compartiremos,
y sé feliz! ¡que es tu dicha
la única gloria que anhelo!

FERN. ¿Ser dichoso? Lo soy tanto,
que ya sin pena contemplo
aquellas horas de fiebre
y de angustioso tormento,
en que agitada mi sangre
por el encendido fuego
de la inspiración, quería
prestar forma á mis ensueños;
dar realidad y carne
á la imágen que en el lienzo
se negaba á obedecerme.
Combate empeñado y fiero
en que ninguno cedía,
ella terca resistiendo
á mi voluntad, y yo
más que ella empeñado y terco
en luchar contra su encono
hasta conseguir vencerlo.
Horas de agonía entonces,
y ahora felices recuerdos
que mi alegría acrecientan
y avaloran mi contento.

PEDRO. Porque contemplas pagados
tus afanes; y ese premio,
es premio que nada iguala.
ENRIQUE. ¡Nada, Fernando!
JULIAN. Sí; inmenso
es el lauro que te brinda
el mundo, párias rindiendo
ante tu nombre!
FERN. (Como si recordara su dosgracia.) ¡Mi nombre!
PEDRO. ¡El que tus merecimientos
han conseguido! El más grande
que puede existir!
ENRIQUE. (Á Fernando.) No tengo
que decirte hasta qué punto
por tu gloria me intereso.
(Despidiéndose de Fernando.)
FERN. Gracias, Enrique.
JULIAN. (Á Enrique.) Yo salgo
con usted.
PEDRO. ¿Te vas?
JULIAN. ¡Sí; luego
vendré á gozar vuestra dicha!
¡y aun cuando alguna me llevo,
es tan grande la que os queda,
que no la echareis de menos!
(Sale con Enrique por el foro.)

ESCENA IV.

FERNANDO y D. PEDRO.

FERN. (Á D. Pedro por D. Julián.)
¡Eso dice!... ¡No adivina
que la que más apetezco
va con él!
PEDRO. ¿Aún insistes
en esos temores necios?
¿Aún crees que á tu cariño
se oponga Julián?
FERN. Sí: temo
á pesar de la esperanza
que miro alzarse en mi pecho.

He triunfado. El mundo aplaude
ó mi fortuna, ó mi esfuerzo;
María me ama, sí, me ama...
y, sin embargo, recelo
que su padre, á los sociales
mandatos obedeciendo,
se oponga á mi amor, y entonces...
entonces, ¿para qué quiero
ni esta dicha, ni aquél triunfo,
ni ese amor, ni este contento?

PEDRO. Tienes cuanto necesitas.
Coronado por el éxito
como lo estás, ¿quién tratara
de oponerse á tus deseos?
Tu nombre de artista, rompe
los diques que antes pudieron
levantarse en el camino
de tu dicha. Pero si eso
no basta: si un apellido
quiere mi hermano, yo tengo
hace ya años encontrado
de satisfacerle medios.

FERN. ¿Usted?

PEDRO. ¡Yo! Tendrás el mío
que para tí lo reservo,
y ante ese nombre, Julián
se dará por satisfecho.

FERN. ¡Oh, señor! ¡Gracias!

PEDRO. Fernando,
¿por qué gracias? Siempre fueron
tuyos mi afecto y mi nombre.
¡Cuando me permite hacerlo
la ley, yo seré tu padre
por la ley, por el derecho,
como lo fuí por el alma
siempre, desde aquél momento
en que te dieron mis labios
mi corazón en un beso!

FERN. ¡Padre mío!

PEDRO. Sí: no tengas
dudas. ¿El triunfo es completo?...
¡Completa será tu dicha!

¡Yo lo digo, y yo lo quiero!

FERN. ¡Padre!

PEDRO. No temas por nada.
Ven conmigo: te prometo
que hoy mismo sabrá Julián
vuestro amor y mi deseo.

(Hacen mútis por la puerta izquierda. Después de salir ellos aparece Juan en la puerta del fondo.)

ESCENA V.

CARLOTA, ENRIQUETA y JUAN.

JUAN. Voy á ver.

(Dirigiéndose hácia dentro, donde estarán Cárlota y Enriqueta.)

—En este instante
ha bajado con don Pedro
á su casa. Pero debe

(Aparecen en la puerta del fondo Carlota y Enriqueta.)

subir pronto.

CARL. Esperaremos.

(Enriqueta y Carlota entran en el estudio, Juan se retira por el fondo.)

ESCENA VI.

CARLOTA y ENRIQUETA.

ENRIQ. ¿Este es el estudio?

CARL. Sí.
Las horas paso á su lado
en él.

ENRIQ. ¿Y qué has alcanzado
con venirle á ver aquí?

CARL. Nada y mucho, que si al verle
nada le llegué á decir,
mucho pude conseguir
tan solo por conocerle.

ENRIQ. ¿Qué conseguiste si de él

brota para tí la pena,
y tu recuerdo condena
con severidad cruel,
ni qué pretendes ganar
con verle, si has decidido
dar tu pasado al olvido
para siempre?

CARL. ¿Qué?... Lograr
su afecto, su estimación!
Hacer que compadeciera
mis desdichas, y me diera
un puesto en su corazón.

ENRIQ. Y dime; ¿cómo has podido
averiguar que existía?

CARL. ¿Cómo?... Desde el triste día
en que contemplé perdido
mi amor, y sola me ví,
tú sabes las amarguras,
las horribles desventuras,
los tormentos que sufrí!
Muertos mis padres; burlada
mi fé; cruel mi destino;
la miseria en mi camino,
y yo sola, abandonada...
tuve miedo!... fui cobarde!...
sentí vergüenza! .. temblé
por mi hijo... ¡y de él me aparté!

ENRIQ. ¿Y qué ibas á hacer?

CARL. Más tarde
hallé amparo en el hogar
de familia, tan honrada
como pobre, que apiadada
de mí, trató de buscar
á mi hijo, para que fuera
alivio de mi dolor;
para que viese en mi amor
una esperanza y me diera
consuelos en mi agonía.
¡No esperé nada! El despeche
que alimentaba mi pecho
me volvió loca, y un día
de aquél pobre hogar huí.

¡Con él quedó abandonado
el último asilo honrado
que ha existido para mí!
Y después...

ENRIQ. Después dejaste
por el que llevas tu nombre
de aquellos tiempos: á un hombre,
sin quererle, te entregaste;
aquel hombre te dejó:
á otro tu amor ofreciste...

CARL. ¡Y fuí criminal!

ENRIQ. No; hiciste
lo que tu suerte mandó.

CARL. ¡Eso hice! ¡Y en esta vida
de placer y desengaños,
fueron pasando los años,
y con los años se olvida
todo! ¡Todo lo olvidé!
y no recordaba nada
de mi existencia pasada,
cuando á mi paso encontré,
á quien no encontrar creía,
al dueño de aquél honrado
hogar, por mí abandonado.

ENRIQ. Y él te contó...

CARL. Que vivía
mi hijo; y noticias me dió
de él; de cómo se llamaba
el hombre que le amparaba.
Pero cuando comprendió
lo que yo podia ser,
calló. Traté de insistir...
nada más quiso decir
nada más pude saber.
Fué inútil que le escribiera
una vez y otra; en callar
se obstinó.

ENRIQ. Y pudo acertar
al obrar de esta manera;
que ni nosotras podemos
borrar de nuestro camino
nada, ni nuestro destino

partir con nadie debemos.

CARL. Tú sabes que no he intentado,
partirlo con él, y que hoy
dispuesta á callar estoy.
—Aunque no hubiera pasado
aquél horrible y sangriento
duelo, en que Adolfo por mí
dió muerte á un hombre y huí
con Adolfo, ni un momento
pensado hubiera en buscar
á mi hijo para decirle:
—«¡Yo soy tu madre!»—y unirle
á mí.—Traté de olvidar
aquél relato incompleto
con la distancia; escudarme
con el placer, y ocultarme
á mí misma mi secreto.
Así lo hice; y ya juzgaba
que pronto conseguiría
mis deseos; pero un día
oí que Adolfo nombraba
á Fernando, recordando
su historia, y lo supe todo
por Adolfo, y hallé modo
de saber que era Fernando
aquél hijo, y quise verle,
y aquí le vine á buscar
tan solo por alcanzar
la dicha de conocerle.
¡Él no sabrá nunca!...

ENRIQ. Cierto.
Muerto ya quien conocía
tu secreto y quien podía
revelarlo; también muerto
á manos de Adolfo, el hombre
que llegara á conocer
tu nombre, no hay que temer,
que tu secreto y tu nombre
fueron juntos á morir.
Nadie los recuerda ya,
y tu hijo nada sabrá,
que yo nada he de decir.

Pero entonces... ¿para qué
á sus ojos te presentas?...
¿Qué pretendes y qué intentas
al buscarle?

CARL. No lo sé.
Pero en los tristes momentos
que mi porvenir alcanza,
veo en mi hijo una esperanza
para mis remordimientos
futuros, y aunque le guardo
mi secreto, al contemplarle
al lado mío... al mirarle
joven, dichoso, gallardo,
modelo de inspiración
y de talento... ¡gozosa
me siento... late orgullosa
la sangre en mi corazón...
y en el porvenir confío!

ENRIQ. ¿Pero en qué puedes poner
tu confianza?

CARL. ¡En saber
que Fernando es hijo mío!

ENRIQ. ¿Y acudes á verle aquí
para contemplar su gloria?

CARL. ¡Para aplaudir su victoria!

ENRIQ. ¿Yvas á esperarle?

CARL. Sí.

ENRIQ. ¿Y si no viene?

CARL. Vendrá.

ENRIQ. Más si tarda...

CARL. Aquí le espero.

ENRIQ. ¡Pues aguárdale! No quiero
hablarte en contrario, ya
que es tan grande tu interés.

CARL. ¿Cómo no, si á verle voy?
Adios, Enriqueta.
(Vase Enriqueta por el foro.)

ESCENA VII.

CARLOTA, al final D. JULIÁN por la puerta del foro.

CARL. ¡Soy

muy dichosa!... ¡Pero no es
esta dicha tan completa
como yo me prometía.
En medio de mi alegría,
me siento turbada, inquieta,
presa de un extraño afán
y de una ansiedad cruel! (Prestando atención.)
¡Vienen!... ¡Se acercan!... ¡Será él!
(Se dirige á la puerta del foro, en la que aparece D. Julián. Carlota, al verle, retrocede á un extremo de la sala. D. Julián la mira y la reconoce.)

JULIAN. (¿Qué miro?) ¿Usted?...
(Con acento duro, dirigiéndose hacia Carlota. Esta se oculta el rostro con las manos.)

CARL. (Con temor y vergüenza.) ¡Don Julián!
(D. Julián se dirige hacia Carlota: esta sigue en la misma actitud.)

ESCENA VIII.

CARLOTA y D. JULIÁN.

JULIAN. ¿Por qué humilla usted la frente?

CARL. (¡Él aquí!... ¡y en qué momento,
Dios mío!)

JULIAN. ¿Es remordimiento
ó vergüenza lo que siente?
¡Le producen mi presencia
y mi voz efecto igual
al que causa al criminal
la vista de su conciencia?

CARL. ¿De mi conciencia?

JULIAN. ¿He mentido
porque de conciencia hablaba?

CARL. (Como sintiéndose herida por las frases de D. Julián.)
¡Don Julián!

JULIAN. Cierto: olvidaba
que usted nunca la ha tenido.

CARL. ¡Oh! ¡Déjeme usted!
(Haciendo ademán de dirigirse á la puerta del fondo.)

JULIAN. (Deteniéndola.) ¡No cedo!

CARL. (¡Ay de mí!)
JULIAN. ¿Quiere alejarse?
Ya sé quién la hizo humillarse.
Fué, no la conciencia, ¡el miedo!
CARL. ¡El rubor!
JULIAN. ¡No le sentía
cuando, por satisfacer
sus codicias de placer,
piedra á piedra destruía
los cimientos de un hogar
ante el cual no se detuvo
su infamia! ¡Rubor!. . ¿Le tuvo
su audacia para robar
á una mujer, que era madre,
el afecto de su esposo,
y á los hijos el reposo
y el cariño de su padre?
¡Caza de acecho seguro
fué aquél desgraciado!
CARL. ¡No!
¡Él lo quiso! ¡No fuí yo!
¡Se lo juro! ¡se lo juro!
JULIAN. Dice usted..
CARL. Él me buscaba...
él en pos de mí venía...
él su pasión me ofrecía...
JULIAN. ¡Y usted su honor destrozaba.
CARL. ¡Él me vino á suplicar!
JULIAN. Y usted cedió de buen grado
para ofrecerle á su lado...
CARL. ¡Lo que en mí podía hallar!
Lo que nos resta, después
que, con la fama perdida
vemos desierta la vida
y un abismo á nuestros piés:
El lujo, la ostentación,
el escándalo, la hartura
de placeres, la locura...
JULIAN. ¡Todo! menos corazón
para formar tiernos lazos.
CARL. ¿Por acaso nos le dejan?...
¡No! Entonces, ¿á qué se quejan

de encontrarlo hecho pedazos?
¡Caemos!... ¿quién nos escuda?
¿quién á recogernos baja
del fango? Se nos ultraja,
pero no se nos ayuda.
¡Se desprecia nuestro lloro!
Pedimos gracia, y desdén
nos brindan; amor también
pedimos, y nos dan oro!...
y despreciando el dolor,
pedimos, á buena cuenta,
aplauso á quien nos afrenta;
oro á quien nos pide amor.
Eso era yo cuando él vino.
¡Me hicieron vana y cruel!
¿Qué culpa tengo de que él
se cruzara en mi camino?

JULIAN. Y en tal escuela educada,
y con ella consecuente,
dijo usted tranquilamente
al final de la jornada:
—«¿Un hombre que se arruinó
y aun sigue siendo molesto?...
¡Evitémosle! ¡otro al puesto!»
¡Y su muerte decretó!

CARL. ¡No fuí yo!... ¡Fué su destino!

JULIAN. ¡Fué usted, á quien yo desprecio,
y la imprudencia de un necio,
transformado en asesino;
reputado esgrimador
de conciencia envenenada,
que sostiene con su espada
las causas del impudor!

CARL. ¡Más ultrajes!

JULIAN. No hay ofensa
en la verdad.

CARL. ¿Ni merced
en su labio!

JULIAN. (Con desprecio.) ¿Para usted?

CARL. Estoy sola é indefensa.

JULIAN. ¿Y Aguilar?

CARL. ¿Qué? (Con ira.)

JULIAN. ¡Á no dudar!
¡Y que la defienda espero!
Maneja bien el acero...
¡recurra usted á Aguilar!
CARL. (Con actitud de amenaza.)
¿Eso desea usted?
JULIAN. ¡Sí! (Breve pausa.)
—Y también quiero saber
qué motivo puede haber
para que esté usted aquí.
CARL. ¿Qué motivo?
JULIAN. ¿Es el renombre
de Fernando quien la guia
á esta casa? ¿Convenía
á su orgullo que ese nombre,
por la fama coronado,
se viese al de usted unido,
nuevo laurel añadido
á sus triunfos del pasado?
¡En el miserable oficio
del crímen, hay que triunfar
sin tregua, hay que renovar
las aureolas del vicio,
y Fernando, que hoy disfruta
de la agena admiración,
ostentando el galardon
que la fama le tributa,
bien puede ser explendente
trofeo que deje ornada,
la corona ensangrentada
que lleva usted en la frente!
CARL. ¡No, don Julián!... ¡No prosiga!
¿Qué dice usted?... ¡Fuera horrible
que usted creyese!... ¡Imposible
que lo piense y que lo diga!
¿Yo, don Julian?... ¿Yo, á Fernando?...
JULIAN. De usted se halla en el camino.
¡Usted tiene por destino
ir sangre y duelo sembrando
por donde quiera que vá,
é intenta sacrificarle
á su orgullo, y amarrarle

á sus triunfos!... ¡No será!

CARL. ¡Don Julián!

JULIAN. ¡Yo la impudencia
de usted sabré castigar,
y arrojarla de un lugar
que mancha con su presencia!

CARL. ¡Arrojarme!

JULIAN. ¡Si! ¡Lo mando!
¡Salga, ó yo la obligaré!
(Dirigiéndose á Carlota en actitud de amenaza.)

FERN. (Que ha salido un momento antes por la puerta izquierda.)
¡Don Julián!

JULIAN. ¡Fernando!

CARL. (¿Qué?)
¡Protéjame usted, Fernando!
(Carlota quiere ampararse de Fernando. D. Julián se dirige á los dos.)

FERN. ¡Señora!

JULIAN. ¿Tú proteger
con tu auxilio, la quimera
que forjó una aventurera
impudente! ¿una mujer
de cieno y sangre manchada
que afrenta y hiere, el lugar
en donde llega á tocar
con su planta deshonrada?

ESCENA IX.

FERNANDO, CARLOTA y D. JULIÁN.

Carlota se ampara de Fernando. D. Julián se dirige hacia los dos.

FERN. (Extrañado de la actitud de Carlota.)
¡Yo, señor!...

CARL. ¡Usted!... (Con firmeza.)

JULIAN. ¿Qué dice?

CARL. ¡Fernando! (En actitud de súplica.)

JULIAN. (Á Fernando.) ¡El miedo la ciega!

FERN. (Á Carlota con pena, pero con vez firme.)
¡No me es posible!

CARL. (Ap. con desesperación.) (¡Se niega!)
(Alto á Fernando.)
¡No ve usted que me maldice
y que me ultraja su mano!...
¿Y usted puede ser testigo
de la afrenta?

JULIAN. (Á Carlota.) ¡Del castigo
dirá usted!

CARL. (Con amargura.) ¡Todo es en vano!

FERN. ¿Qué otra cosa puedo hacer,
cuando á mi vista resalta
junto al castigo, la falta...
el crímen de una mujer?

CARL. ¡Oh!... ¡No! Basta!... ¡No prosiga,
Fernando! ¡Selle usté el labio!...
¡No pronuncie usté el agravio!
¡No lo diga!... ¡No lo diga!
¡Ver yo que el insulto brota
de su labio!

FERN. ¿Por qué á mí?...

CARL. (Con desesperación.)
¡No vé que para él, y aquí...
yo no quiero ser Carlota!

FERN. ¿Cómo? (Sorprendido.)

JULIAN. (Á Carlota con desprecio.) ¿Quiere usted usar
del nombre que dió al olvido
cuando lo hubo escarnecido?
Si lo quiere reclamar,
yo no la rehusaré
satisfacción tan escasa.

FERN. ¡Oh! (Suplicando á D. Julián.)

JULIAN. ¡Salga usted de esta casa,
Matilde Velasco!

FERN. ¿Qué?
¡Ese nombre!... ¡No! ¿Qué horrible
frase vibró en su garganta?
¿Ella?...
(Á D. Julián. Movimiento afirmativo de éste.)
¡Creerlo me espanta!..
¡No es posible!... ¡No es posible!
¿Usted? (Á Carlota.)

CARL. ¡Respeto me debes!

FERN. ¿Qué dijo? (Con atonía y confusión.)
CARL. ¡Y aún se le oculta!
¡Soy tu madre!
JULIAN. ¿Usted?
CARL. (Á Fernando.) ¡Insulta
á tu madre si te atreves!
FERN. (Con desesperación después de una breve pausa.)
¡Oh, sí! ¡Es forzoso creer
lo que dice!
JULIAN. (¡Y yo imprudente!)
(Fernando se dirige hacia Carlota, que ha ocultado el rostro entre las manos.)
FERN. ¡Señora, alce usted la frente!
(Á D. Julián.) ¡La defiendo! ¡Es mi deber;
y soy su amparo y su escudo;
que está sola y despreciada,
y sufre, y avergonzada
llora!... ¡Por eso no dudo!
JULIAN. ¡Fernando! (Vacilante.)
FERN. ¡Lo que antes fué
queda por siempre olvidado!
¿Su pasado?... ¡Su pasado
no me importa, no lo sé!

ESCENA X.

FERNANDO, D. JULIÁN, CARLOTA, D. PEDRO y MARÍA.

Salen por la puerta lateral izquierda.

JULIAN. ¡Tú!...
FERN. (Á D. Julián.) ¿La razón se le oculta?
¡Es quien es!... ¡Estoy sujeto
á su voz! ¡Nada respeto
ni reparo si la insulta!
PEDRO. ¿Qué dice?
(Sorprendido de la entonación de Fernando.)
¡Fernando! (Dirigiéndose á él.)
MARIA. (Á D. Julián.) ¡Padre!
PEDRO. (Á Fernando.) ¿Por qué le amenazas, dí?
FERN. Ofendió á quien llora allí,

y esa mujer... ¡es mi madre!

PEDRO. ¡Tu madre! (Sorprendido á Fernando.)

FERN. ¡Sí! ¡La que ahora
derrama copioso llanto!

PEDRO. ¡Tu madre!

FERN. ¡Sí! ¿Á qué ese espanto?...
¡La que sufre, la que llora!

PEDRO. ¿Tú dices?... (Como si aún dudase.)

FERN. La que dolor
siente por verse ofendida,
y hollada y escarnecida...
¡esa es mi madre, señor!

MARIA. ¡Su madre! (Con asombro y avergonzada.)

FERN. (Con firmeza comprendiendo el tono de María.)
¡Sí! (¡Ella también!
¡Á todo mi suerte alcanza!
¡Ha segado mi esperanza
en un golpe, y á cercén!)

PEDRO. ¿Y tú?...

FERN. Si lo manda, sí:
¡todo es suyo!

PEDRO. (Con energía.) ¡Suyo, no!

FERN. ¡Cuánto de mí exija!

PEDRO. ¿Y yo?...
¿no soy nada para tí?

FERN. ¡Usted!... ¡Mi afecto le entrega
mi corazón y mi vida!
¡suyos son! ¡cuándo los pida
estoy pronto! Pero llega
hoy mi apoyo á reclamar
ella, mi madre!

CARL. ¡Fernando!

MARIA. ¡Padre! (Con angustia.)

JULIAN. ¡Y lo estoy escuchando!

FERN. (Á D. Pedro.) ¡Yo no le puedo negar
ni mi amparo, ni mi amor;
llaman con ella á mi pecho
la costumbre y el derecho!
¡más que todo eso, el dolor!
¡Y perdida, deshonrada,
en la vergüenza, en el lodo...
puede exigírmelo todo.

que yo no le niego nada!
¡Mi respeto, y de él en pos,
mi brazo que la sustenta!
¡Yo, para vengar la afrenta!
¡para sufrirla, los dos!

PEDRO. ¡No!

MARIA. ¡Fernando!

FERN. ¡Nada ansío!
Sé á lo que estoy obligado.
¡Don Julián, soy hombre honrado!
Y ahora, basta, padre mío.
(Dirigiéndose á todos.)
¡No profundiceis la huella
que en mi alma traza el pesar!
¡No hagais mi pena aumentar!
¡Dejadme solo con ella!

JULIAN. Vamos, sí. (Á María.)

MARIA. (Á D. Julián por Fernando.) ¡Sufre!
(D. Julián indica á María la puerta lateral izquierda.)

FERN. (¿Dolor,
no acabas?)

PEDRO. (Á Fernando con desesperación.) ¡Abandonarte!

FERN. ¡Es preciso! (Con pena.)

PEDRO. ¿Yo dejarte?.

FERN. (Suplicando á D. Pedro y á María.)
¡No hay remedio! ¡Por favor!
¡Ved que extremais mi tortura
y mi vergüenza! ¿No veis
que así mi llanto acreceis
y aumentais mi desv ntura?
¡Dejadme sólo, por Dios!
(Movimiento de interrupción en D. Pedro.)
Mi cariño, no lo niego,
padre mío, pero luego.

PEDRO. ¡Fernando!

FERN. ¡Es preciso! ¡Adios!
(D. Pedro se dirige hacia el lateral izquierda, donde llegan D. Julián y María, y desaparecen.)
¡Para siempre! ¡Ya no ceja
la suerte!... ¿Qué espero ya?...
¡Es el amor que se va!...

¡La esperanza que se aleja!...
¡La dicha que apetecí!...
¡Todo lo que mi alma adora!...
(Fernando contempla con angustia el sitio por donde han hecho mútis D. Pedro, D. Julián y María. Después se dirige á Carlota: ésta, que durante la escena ha permanecido en el diván con el rostro oculto en el pañuelo, se levanta, y se dirige hácia Fernando.)
¡Y ahora, diga usted, señora,
qué es lo que exige de mí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitación en casa de Fernando modestamente decorada. Puertas al fondo y lateral derecha; en el izquierdo una ventana. Á ambos costados de la puerta del fondo, dos panoplias con armas: á la izquierda un diván: á la derecha, y en el fondo, un caballete vacío; en primer término, una mesa y una silla.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA y ENRIQUETA.

CARL. ¡Ay de mí!
ENRIQ. ¡No desesperes!
Ten ánimo y cobra fuerzas!
que ni fué tuya la culpa,
ni parte llevas en ella.
CARL. ¡Sí! ¡fué mía! ¡mía solo!...
que á no ser por mi presencia
en aquel sitio...
ENRIQ. Si, á él fuiste...
CARL. ¡Ojalá que nunca fuera!
¡Qué horrible noche! ¡qué horrible
despertar... ¡y qué funesta
vida, la que en sus designios
el porvenir me reserva!

Giran en vaivén confuso,
y se agolpan y atropellan
sobre mi abrasada frente,
los insultos, la vergüenza,
el dolor, las amarguras
de aquella espantosa escena,
que al aumentar en distancia
en desventuras aumenta.

ENRIQ. ¡Carlota! (Tratando de consolarla.)

CARL. Nada me digas,
ni consolarme pretendas
con tus frases de cariño.

ENRIQ. Pero advierte que aún resta
un recurso.

CARL. No: imposible
que mi mal remedio tenga.
Ya no existe lo que fué;
y al ver que flotan deshechas
las imágenes de entonces,
y que para siempre quedan
rotos de un golpe los lazos
que mi pasada existencia
formaron... vacilo, dudo,
y, de mil temores presa,
siento un vacío en el alma
que nada ni nadie llena.

ENRIQ. ¿Pues y Fernando?

CARL. ¡Fernando! (Con tristeza.)

ENRIQ. ¿Sí?... ¿No te ama?

CARL. Me respeta...
¡pero amarme!... En vano trata
de disimular la inmensa
pesadumbre que le causan
su dolor y mi presencia!
Inútilmente pretende
ocultármelo. Más terca
que su voluntad, su angustia
en sus ojos se refleja,
y algo de él, que en él existe,
sin que él mismo lo comprenda,
de su corazón se escapa
y hasta mi corazón llega,

para decir que Fernando
me aborrece ó me desprecia.

ENRIQ. ¿Aborrecerte?... ¡Imposible!
Despreciarte...

CARL. Desde aquella
tarde fatal y sombría,
ni una vez, ni una siquiera
me dijo madre! Sus labios
se resisten y se niegan
à pronunciar ese nombre;
y si á mi lado se acerca,
lo hace de amargura lleno,
como si al verme, en mí viera
no la madre, no la vida
por la que su vida alienta,
no la mujer que padece,
si no la imágen siniestra
de un obstàculo cruel
que sus venturas cercena.

ENRIQ. Pero si te dió su amparo
en aquella hora funesta;
si por tí lo dejó todo,
¿qué dudas, ni qué recelas,
ni qué temes?

CARL. No recelo
de su cariño: estoy cierta
de que no me ama. Aquel día,
no lo dijo?—«Protegerla,
es mi deber: la deshonra
compartirémos.»—En esas
palabras, todo el destino
de mi vida se refleja.
¡En el amor separados,
y unidos en la vergüenza!

ENRIQ. ¿Y no lograste que al fin
tu dolor compadeciera?...

CARL. ¡Cariño! ¿Cómo alcanzarlo?
Si mi mirada se encuentra
con la suya, su mirada
es inflexible y severa:
si me habla, es duro su acento:
si quiero hablarle, se aleja!

¡Todo inútil! ¡Invencible
muro entre los dos se eleva!

ENRIQ. ¿Y soportas su desvío?

CARL. ¿Qué hacer?

ENRIQ. Y tu hijo reniega
de tu afecto. y por tu afecto
te rechaza y te condena,
mientras Adolfo padece
por tu olvido y por tu ausencia.

CARL. ¡Adolfo!... ¡No! ¡no pronuncies
su nombre!

ENRIQ. ¿También le entregas
al desprecio?

CARL. ¡Adolfo!

ENRIQ. Adolfo
que sufre por tí y desea
consolar tu angustia, y quiere
darte su apoyo, y anhela
volver á verte.

CARL. ¿Qué dices?
¡Imposible! ¡Que no venga!...
¡que no venga nunca! ¡nunca!
¡Oh, si Fernando le viera
en esta casa!...

ENRIQ. Ten calma:
no vendrá á verte; no temas.
Ya le dije que era inútil
intentarlo, y su promesa
tengo de que no vendría
mientras yo se lo impidiera.

CARL. ¡Pues impídeselo siempre,
y dile que ya no queda
amor para él en mi pecho.

ENRIQ. (¡Más del que tú misma piensas!)
Lo haré porque tú lo quieres.

CARL. (¡Adolfo!)
(Enriqueta hace un ademán de retirada hacia la puerta del fondo. Al llegar á ella se detiene.)

ENRIQ. Alguno se acerca...
¿Será Fernando?

CARL. Si es él,
conviene que no te vea,

porque él aborrece cuanto
mi pasado le recuerda.
Por aquí.
(Indicando á Enriqueta la puerta lateral de la derecha.)

ENRIQ. (¿Conque aborrece
lo que fué?... ¡Yo haré que venga
á su encuentro ese pasado!)
(Entra por la puerta lateral derecha, al mismo tiempo que aparece D. Pedro en la del fondo.)

ESCENA II.

D. PEDRO y CARLOTA.

PEDRO. (Saliendo.)
¡He de verle!
(Carlota ve á D. Pedro, al mismo tiempo que éste levanta la cabeza y la reconoce.)

CARL. (¡Don Pedro!)

PEDRO. (¡Ella!)
(D. Pedro se dirige hacia Carlota.)

CARL. ¿Usted?

PEDRO. Yo, que hablarla exijo,
pues la ocasión se presenta,
y vengo á pedirle cuenta
de la ventura de mi hijo.

CARL. (Con extrañeza.)
¿Su hijo de usted?

PEDRO. Que perdida
ví su dicha: que no alcanza
un vislumbre de esperanza
en las sombras de su vida,
y ve por tierra rodar
su ventura y su renombre.

CARL. El hijo mío...

PEDRO. Ese nombre
no lo debe usted usar.

CARL. ¿Por qué no?

PEDRO. Porque ganarlo
no supo.

CARL. ¿Qué?
PEDRO. Lo sostengo:
¡no supo! Yo sólo tengo
razón para reclamarlo.
CARL. ¿Y tal dice?
PEDRO. ¿En su provecho,
qué derecho puede haber?
CARL. ¡El de haberle dado el sér!
PEDRO. ¿Y ese es bastante derecho?
CARL. ¡Mayor no existe!
PEDRO. ¿Que no?
Sí existe, y en él confío.
CARL. ¡Ninguno que llegue al mío!
PEDRO. ¡El que puedo alegar yo!
CARL. ¿Usted?
PEDRO. Yo, que su inocencia
he defendido y guardado:
yo, que hacia el bien he guiado
su razón y su conciencia:
yo, que amparo le ofrecí,
y mi ayuda le presté,
que con sus risas gocé,
y con su llanto gemí...
¡soy su padre, y son sus penas
mías!... (Movimiento negativo de Carlota.)
¡Su padre, Carlota!
Que si no corre una gota
de mi sangre por sus venas,
con mi amor, con mis cuidados,
hice á su dicha leal,
correr por su alma un raudal
de sentimientos honrados;
y al labrar su entendimiento,
le dí la mejor presea
que tiene el hombre: ¡la idea!
¡la sangre del pensamiento!
Eso hice yo: ¿Y usted qué hizo?
CARL. ¡Darle vida!
PEDRO. ¡Sin querer!
porque al dársela, un placer
y un deseo satisfizo!
y si turbó su conciencia

entonces algún dolor,
ese dolor fué, ¡el temor
de dar á un sér la existencia!

CARL. ¿Y nada es la desventura
de la falta cometida?
¿Nada es la fama perdida?
¿Nada ver con amargura
y con espanto infinito,
que el hijo nos graba luego
como una marca de fuego
sobre la carne el delito?
¿No es nada, nada, ocultarse
de las gentes, y llorar
y estar sola y no encontrar
sitio donde refugiarse
de las mundanales sañas?
¿Nada sufrir esa prueba
por el hijo que se lleva
escondido en las entrañas?
¿Nada es eso, para que hoy
usted me venga insultando,
porque, al hablar de Fernando,
el nombre de hijo le doy?

PEDRO. ¡Sufrir!

CARL. ¡Horrible agonía
que nada, ni nadie agota!

PEDRO. Respóndame usted, Carlota:
esa angustia que sufría.
esa terrible ansiedad,
ese tormento cruel,
¿eran por usté ó por él?

CARL. ¿Qué dice usted?

PEDRO. La verdad.
¿Eran sus temores, miedo
por aquél sér inocente;
ó miedo de que la gente,
marcándola con el dedo,
gritase con voz henchida
de rencores y desdén:
—«Aquella, miradla bien,
es una mujer perdida!»—
Á través de su dolor,

¿qué sentimiento se alzaba
para el hijo que llevaba
en el seno, ódio ú amor?

CARL. ¡Amor!

PEDRO. ¿Y ninguna vez
cayó su ódio por entero
sobre el mundo pregonero
de su perdida honradez?

CARL. ¡Nunca!

PEDRO. ¿Nunca? Cuando así
sufrió usted, ¿el sufrimiento
fué por Fernando? ¿El tormento
era por Fernando?

CARL. ¡Sí!
¿Por quién iba á sufrir yo?

PEDRO. Siendo su amor tan profundo,
¿por qué cuando vino al mundo
á la calle lo arrojó?

CARL. ¡Don Pedro!...

PEDRO. ¡No halla disculpa
esa acción! Si usted le amaba,
¿por qué de sí le apartaba?
¿por vergüenza de la culpa?
(Ademán afirmativo de Carlota.)
¡Pues entonces, su ansiedad,
su pena... eran solamente
ódio para la inocente
prueba de su liviandad!
No era amor lo que sentía:
no era maternal exceso:
¡era angustia por el peso
que la ahogaba y la oprimía!

CARL. ¡No! (Como si tratase de defenderse.)

PEDRO. ¡Fernando vino á ser
para usted, carga pesada
que al terminar la jornada
se abandona con placer!
¿Dónde cae? ¿Quién lo recuerda
si á gusto no lo soporta?
¡Lo arroja al suelo!... ¿Qué importa
que se rompa ó que se pierda?

CARL. Y si no fuí yo, ¿quién tuvo

la culpa?

PEDRO. ¿Que no? ¿Pues quién?

CARL. ¡En nadie encontré sostén
ni apoyo!

PEDRO. ¡No la sostuvo
su amor de madre, y calló,
y se hizo del mundo esclava!
Entonces usted no amaba
al hijo que abandonó.

CARL. ¡Sí le amaba!

PEDRO. Y si verdad
es su cariño, ¿por qué
en busca de su hijo fué?
¿Por qué no tuvo piedad
de su dolor? ¿No sabía
usted que solo amarguras
y afrentas y desventuras
para Fernando traía
su presencia?

CARL. Yo no fuí
la causante; fué aquel hombre
que pronunciaba mi nombre.
Á su imprudencia, no á mí,
á su furia, no á mi amor,
debiera usted pedir cuenta
de la afrenta si hubo afrenta,
del dolor si hubo dolor!

PEDRO. Si de Fernando es cruel
la suerte... ¿quién se la ofrece?
¡Usted, por quien él padece!

CARL. ¡También yo sufro por él!
¡Por él á solas devoro
la angustia que me envenena!
¡Por él es toda mi pena!
y por sus desdenes lloro,
esperando que algún día
me otorgue su corazón
el cariño y el perdón
que mi corazón ansía.
¡Soy su madre! ¡Es mi deber
darle el amor que mi pecho
guarda para él! ¡Mi derecho,

su protección obtener!
¡Y usted negarme no puede
en su afán y en su violencia,
lo que la propia existencia
de Fernando me concede!

PEDRO. Y el nombre en que usted buscando
va un amparo y un sosten,
¿se lo concede también
el cariño de Fernando?

ESCENA III.

D. PEDRO, CARLOTA y FERNANDO por el fondo.

CARL. Su afecto... (Con pena.)

PEDRO. ¡Sí!
(Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.)
¡Pero él viene!

CARL. ¡Fernando! (Con temor.)

PEDRO. ¡Sí! ¿Á qué dudar?...
¡Vaya usted á reclamar
su afecto! ¿Qué la detiene?

CARL. ¡Oh, nunca!

PEDRO. (Bajo á Carlota.) ¡Nunca!... ¿Por qué
ese espanto, ese temor
en su presencia? ¡El amor
no teme!

CARL. ¡No! ¡no podré
hablarle! (En voz baja y como avergonzada.)
(Aparece Fernando en la puerta del fondo como distraído y sin fijar la atención en D. Pedro y Carlota.)

PEDRO. ¡Pues bien, yo sí!
¡Fernando!

FERN. ¿Qué?
(Vé á D. Pedro y se dirige á él sin parar la atención en Carlota.)
¡Padre mío!
(Arrojándose en brazos de D. Pedro.)

CARL. (¡Para él amor... y desvío
y desprecio para mí!) (Se va por la derecha.)

ESCENA IV.

FERNANDO y D. PEDRO.

PEDRO. ¡Se aleja!
FERN. ¡Pobre mujer!
PEDRO. ¡Ella!
FERN. ¡Sí!
PEDRO. En tu corazón
¿qué hay para ella?
FERN. Compasión:
¡lo único que puede haber!
PEDRO. ¿Y para mí?
FERN. Padre mío,
de usted es mi vida entera!
que la pida y que la quiera
es lo único que yo ansío.
PEDRO. Entonces, ¿por qué á mi lado
no estás? ¿Por qué huyes de mí?
¿Por qué me rechazas?... ¡Dí!
¿por qué me has abandonado?
FERN. ¡Abandonarle mi amor!
PEDRO. ¿Por qué sin tu amor me dejas,
y de mis brazos te alejas?
FERN. Porque es preciso, señor;
porque nada puedo hacer,
que á ello mi suerte se opone:
porque el mundo me lo impone,
porque tal es mi deber.
PEDRO. ¿Tu deber?
FERN. Sí; que me llama
mi madre, y la he de amparar,
y no la puedo negar
el apoyo que reclama,
aunque antes ella me diera
al olvido y al desdén.
PEDRO. ¡Eso imaginas! ¿Y quién
tal sacrificio pudiera
exigirte? No hay rigor
social, ni ley, ni derecho,

que pueda tocar tu pecho
para arrancarle mi amor!

FERN. Su amor nunca; pero hay uno
que me aparta de sus brazos,
y hace girones los lazos
que nos unían.

PEDRO. ¡Ninguno!
¿Cómo es posible, si yo
lo soy todo para tí?

FERN. ¡Ah, padre!... ¡para mí sí!
¡pero para el mundo, no!

PEDRO. ¿Y hemos de dar al olvido,
por el mundo, nuestro bien?

FERN. Sí.

PEDRO. Nuestra dicha...

FERN. ¡También!
El destino lo ha querido;
que cuando encuentra ocasión
de herir, es firme y certero,
y siempre clava su acero
en medio del corazón,
sin que el hombre detener
pueda su furia, que al cabo
es su víctima, su esclavo,
y ya nada puede hacer
más que sufrir su condena,
y avanzar en su camino,
galeote del destino
amarrado á su cadena!

PEDRO. ¡Nosotros le venceremos!

FERN. ¡Vencerle!

PEDRO. ¡Sí; yo confío
en vencerle!

FERN. ¡Padre mío,
imposible; no podemos!
Á sus caprichos me inmolo,
y sufro su crueldad
y arrostro la soledad
que me ofrece.

PEDRO. No estás solo;
no es tan amarga y cruel
tu desventura.

FERN. Señor...
¡que no estoy solo! (Con angustia.)
PEDRO. ¿Y mi amor?...
¿no es tuyo?
FERN. ¡Me apartan de él!
PEDRO. ¿Y tu gloria?
FERN. ¡Triste gloria
la mía! que ella acrecienta
mi desconsuelo y mi afrenta,
mezclando mi horrible historia
á los lauros que conquista
mi fama: uniendo mi nombre
deshonrado, á mi renombre
y á mi inspiración de artista!
PEDRO. ¿Y María?
FERN. ¿Qué?
PEDRO. Su amor...
FERN. ¡De nada sirve su afán,
que para impedirlo están
su padre, el mundo y mi honor!
PEDRO. ¡No, hijo mío, no: tus males
trocar en dichas espero!
FERN. ¡La dicha!... ¡Soy prisionero
de los mandatos sociales!
Y así como castigaba
el teológico azote,
del antiguo sacerdote
á los hombres que juzgaba,
mandando que pronto y luego
todos cuantos encontrasen
al réprobo, le negasen
pan, abrigo, hogar y fuego...
así también la fatal
é impura sacerdotisa
que hoy sostiene la divisa
del egoismo social,
con su estúpida censura,
hará que me nieguen todos
por estos ó aquellos modos,
honra, cariño, ventura,
fé, consuelo, estimación!...
Afectos que son hoy dia

el fuego de mi alegría,
y el pan de mi corazón!

PEDRO. ¡Imposible! Habrà manera
de vencer, y venceremos,
y del mundo triunfaremos
á pesar suyo, que fuera
en nosotros cobardía
ceder ante la pasión
bastarda de una opinión
tan injusta como impía.
Tú que eres noble y honrado,
no puedes ser responsable
de tu suerte, ni culpable
ante el mundo; y escudado
por la razón que te asiste,
verás tu angustia calmada.
¡El destino, el mundo, nada
á la razón se resiste,
y conmigo has de venir
y yo lucharé contigo!

FERN. ¡Inútil todo!

PEDRO. Te digo
que el triunfo has de conseguir.
¡No llorar tu desventura,
consolarla es lo que quiero!

FERN. Consolarla, ¿cómo?

PEDRO. ¡Espero
dar término á tu amargura!
Contra ella hay remedio, sí,
y yo lo quiero buscar,
y juntos lo hemos de hallar,
Fernando, pero no aquí.

FERN. ¿Y dónde?

PEDRO. Donde tu anhelo
y tu angustia han de calmarse!
donde pueden olvidarse
tus afrentas y tu duelo;
donde oculten el dolor
las pasadas alegrías:
¡donde corrieron los días
de tu infancia y de mi amor!

FERN. ¡Es imposible!

PEDRO. ¿Te opones
á seguirme?
FERN. ¡Padre mío,
no; pero en nada confío,
que mis yertas ilusiones
aquí tendrán que volver
destrozadas y deshechas!
PEDRO. No: volverán satisfechas,
porque yo no he de ceder,
y de Julián á despecho
y de todo el mundo enfrente,
¡de todo!... ¡yo haré patente
tu razón y tu derecho!
(Se dirigen hacia el fondo. Fernando en actitud indiferente.)
¡Ten esperanza!
FERN. ¡Ninguna!
¡Necesitaba esta vez,
algo menos de honradez,
y un poco más de fortuna!
(Salen por el fondo D. Pedro y Fernando.)

ESCENA V.

CARLOTA y ENRIQUETA.

Apenas salen D. Pedro y Fernando, aparecen por la puerta lateral derecha Carlota y Enriqueta.

ENRIQ. Ya le oiste.
CARL. (Con tristeza.) ¡Ya le oí!
ENRIQ. Sin dolerse de tu pena,
te desprecia, te condena
y te rechaza.
CARL. ¡Ay de mí,
Enriqueta! (Se deja caer sobre el diván.)
ENRIQ. ¿Y sufrirás
su desvío y su rencor?
¿Y á quien te ofende, tu amor
y tu cariño darás?
CARL. ¡Qué destino tan cruel!
¡Qué dolorosa existencia!

¡Compasión... indiferencia!...

ENRIQ. ¡Carlota!...

CARL. ¿Qué soy para él?...
¡Nada!

ENRIQ. ¿Y has de consentir
en ello? ¿Y no has de impedir
que suceda?

CARL. ¡Es mi destino!
¿No lo dijo él? Al juntarnos,
la suerte obró de tal modo,
que ya es imposible todo
lo que intente separarnos!
¡Nada rompe este sombrío
lazo que nos encadena!

ENRIQ. ¿Te resignas á tu pena?

CARL. ¿Y qué puedo hacer?... ¡Dios mío!
(Se oculta el rostro con el pañuelo.)

ENRIQ. (¡Cuánto sufre!)
(Contemplando la actitud de Carlota.)
Y él, espera,
devorando su tormento,
á que yo... ¡Este es el momento!
(Se dirige hacia la ventana: mira á Carlota y se detiene un instante.)
¡No vacilo!
(Se dirige á la ventana y la abre, asomándose á ella. Carlota sigue en su actitud. Enriqueta se retira de la ventana.)
(¡Si él pudiera
alcanzar!... Él la ama, sí...
y ella teme verse enfrente
del porvenir, y el presente
la arredra...)
(Enriqueta se dirige á la puerta del fondo y sale por ella apareciendo luego con Adolfo. Carlota sigue en su actitud.)

ESCENA VI.

ADOLFO, CARLOTA y ENRIQUETA.

ADOLFO. (Dirigiéndose á Enriqueta y en voz baja.)
Carlota...

ENRIQ. (Señalando á Adolfo el sitio donde llora Carlota.)
Allí
sufre y maldice su estrella!
ADOLFO. Carlota...
ENRIQ. Teme é implora
y su desventura llora.
ADOLFO. Déjame solo con ella.
(Enriqueta sale por el fondo. Adolfo se dirige á Carlota. Esta sigue en su actitud.)

ESCENA VII.

CARLOTA y ADOLFO.

ADOLFO. ¡Carlota!
(Poniéndose al lado suyo. Carlota levanta la cabeza al oirle.)
CARL. ¿Qué? (Reconociéndole.) ¡Adolfo!
ADOLFO. ¡Si!
CARL. (Movimiento negativo en Adolfo.) ¡Sal!
¿No sabes?
ADOLFO. ¡Lo sé todo!
CARL. Entonces á qué has venido?
ADOLFO. ¿Porque te quiero amparar!
¡porque yo no puedo estar
sin tí! ¡porque no te olvido!...
¡y nuestro amor recordando,
á prestarte apoyo vengo!
CARL. ¿Apoyo, Adolfo?... ¡Ya tengo
el apoyo de Fernando!
ADOLFO. ¡Fernando!
CARL. ¡Su honor me escuda!
Si con él puedo contar,
¿para qué he dê reclamar
otro amparo, ni otra ayuda?
y ahora...
(Señalando á Adolfo la puerta del fondo.)
ADOLFO. ¿Qué dices, cruel?
¿Y así tu desdén me inmola?
CARL. Adolfo, déjame sola!
¡déjame sola con él!

ADOLFO. ¡Carlota!
CARL. ¡Adolfo, por Dios!
ADOLFO. ¿Qué dices?
CARL. ¡No esperes nada
de esta mujer desgraciada!
¡Todo acabó entre los dos!
ADOLFO. ¿Pero esto es fiebre ó delirio?
(Con desesperación.)
¿Tú quieres que yo me ausente
de tu lado?
CARL. ¡Sé clemente!
¡No goces en mi martirio!
ADOLFO. ¡Tu martirio!... ¡Y la traidora
aun pronuncia esa palabra!
¡Vé que mi desdicha labra
y aun suplica, y aun implora!
¿Sabes que pides?
CARL. ¡Sí!
ADOLFO. ¿Qué?
¿Ni de disculparte tratas,
cruel? Digo que me matas,
y respondes: « Ya lo sé!»
CARL. Á Fernando he prometido
ser honrada: no forjemos
los dos su vergüenza. Demos
nuestra pasión al olvido.
ADOLFO. ¡Olvidarme!... ¿Y tú creiste
que yo lo iba á consentir?
¡No: primero he de cumplir
lo que amaste prometiste
un día para robarme
con el cerco de tus brazos,
de los paternales lazos!
¡Tú no puedes olvidarme
nunca! ¡Á seguirme te obliga,
algo mas que tus promesas
de amor eterno, porque esas
mienten! ¡Algo que nos liga,
y que tú no romperás!
CARL. Sí: que lo exige el reposo
de mi Fernando! ¡Es forzoso
olvidarnos!

ADOLFO. ¡No lo harás!
CARL. ¡Sí!
ADOLFO. ¡No!
CARL. De amarte me eximen
mis deberes.
ADOLFO. ¡Insensata!
¡Si ya de amor no se trata!
¡Si quien nos une es el crímen!
CARL. ¡El crímen!
ADOLFO. ¿Es que su nombre
temes? ¿Y me hablas de olvidos?. .
¡Quedamos por siempre unidos
frente al cadáver de un hombre!
¡Te estorbaba y le maté!
CARL. (Con temor.) ¡Adolfo, calla!
ADOLFO. ¡No! Advierte!
que lo hice por complacerte!...
¿Por no perderte. qué haré?
¡Para enlazarnos se eleva
altar horrible y sangriento!
¡Nos junta el remordimiento!...
¡el delito! ¡Y ahora prueba
á romper los eslabones
de esa cadena que unida
tiene tu vida á mi vida!
¡Mira si encuentras razones
que te ayuden!
CARL. Tu piedad,
mis angustias, mi dolor,
mi desventura, mi amor
y tu propia dignidad!
¿Tú burlando su cuidado
ofenderle?... ¿Tú afrentarle?...
¿Tú herirle?... ¿Tú deshonrarle,
á él que vive confiado
en tu cariño quizás?
¿Y así tu pasión le infama?
¿Nada te importa su fama?
ADOLFO. Tú me importas mucho más,
y ¡ay, si él se quiere oponer
á nuestro paso! ¡ay, si intenta
pedir á mi afecto cuenta!

¡ay, si pretende romper
con sus brazos mi pasión!

CARL. ¡Calla, Adolfo! ¡Yo lo exijo!
Le amenazas...

ADOLFO. ¿Y tú?...

CARL. ¡Es mi hijo!

ADOLFO. ¡Es verdad; tienes razón:
tú le amas y eso le ampara!
¡y yo te amo, te amo tanto!...
que á trueque de mi quebranto
tu decisión aceptára
si solo llegase á mí
el golpe; pero no puedo
obedecerte; no cedo
porque se trata de tí!

CARL. ¿De mí?

ADOLFO. ¡De tu vida entera!
¡de tu ventura!

CARL. ¡No acabes!
¿Qué importa mi dicha?

ADOLFO. ¿Sabes
lo que á su lado te espera?
(Ademán afirmativo de Carlota.)
¡Oh! ¡no! ¡Carlota! ¡Imposible!
¿Podrás tú en calma sufrir
tan sombrío porvenir?

CARL. ¿Por qué no?

ADOLFO. ¡Porque es horrible!
¡Vivir triste y sepultada
por nécio y extraño modo,
y habiéndolo sido todo
resignarse á no ser nada!
¡Trocar el galante imperio
que te brinda la hermosura,
por la perenne tortura
de un amargo cautiverio!
¡Reñir perpétua batalla
con el afán que te hiera!
¡Gritar al deseo! —«¡Espera!»—
decir á la pasión: —«¡Calla!»-
¡Á un tiempo ser y no ser,
llevando sobre la frente

las angustias del presente
y los goces del ayer...
es abrumadora cruz
para quien lleva fundida,
en la sangre tanta vida
y en los ojos tanta luz!

CARL. ¡Todo por él! (Con decisión.)

ADOLFO. (¡Y aun resiste!)

CARL. No me quieras engañar;
¡no pretendas recordar
lo que para mí no existe!

ADOLFO. ¿Y vás á aceptar su amor
y á estar á su lado?

CARL. ¡Sí!
para consolarle.

ADOLFO. Dí
para matarle mejor;
¡para hundirle en el abismo
horrible de tu pasado!

CARL. ¡Oh!

ADOLFO. Quien te lleva á su lado
no es tu amor: ¡es tu egoismo!

CARL. ¡Dios mio!... No, no te atrevas
á imaginar...

ADOLFO. ¿Sabes, cuando
vás en busca de Fernando,
lo que contigo le llevas?
¡La deshonra!

CARL. ¡No! ¡Imposible!
¿Qué pretendes suponer?
¿que yo le puedo ofender?

ADOLFO. ¡Eso dije!

CARL. ¡Fuera horrible!
¡No es cierto!

ADOLFO. Cuando á su lado
te miren cruzar, el mundo
dirá con desdén profundo:
—«¡Es el hijo del pecado
engendrado con rubor!
¡La viviente soldadura
de una imprevista aventura!
¡El fruto del deshonor!»—

CARL. ¡Oh, no sigas! ¡Ten piedad
de mis angustias! ¿Así
ha de obrar el mundo?

ADOLFO. ¡Sí!
¡Lo que te dije es verdad!
¡Y ahora, entrégame á tus sañas!
¡Consuma mi sacrificio!
¡Vete á forjar el suplicio
del hijo de tus entrañas!
¡Reclama su protección!
¡Oprímele con tus brazos!
¡Rompe su honor en pedazos!...
¡Desgarra su corazón!
De su infamia pregonera,
dí: —«¡Es hijo mío!»—y más tarde,
cuando el desdén le acobarde;
cuando la infamia le hiera;
cuando caiga en tierra...

CARL. (Aterrorizada.) ¡No!

ADOLFO. Entonces, exclama: «¡Es cierto!
¡es verdad que mi hijo ha muerto!
¡pero le he matado yo!»

CARL. ¡Yo condenarle á sufrir
mi vergüenza! ¡Yo afrentarle!
¡Oh! ¡nunca! ¡Quiero salvarle!

ADOLFO. Solo hay un remedio: ¡huir!

CARL. ¡Huir!

ADOLFO. Huir á lugar
solitario y escondido;
donde oculto en el olvido
pueda tu nombre quedar.

CARL. ¡Tienes razón! Mi presencia
es su infamia!

ADOLFO. (Con alegría.) (¡Al fin consiente!)

CARL. ¡No arrojemos en su frente
las manchas de mi conciencia!
¡El mundo en su ódio profundo
no halla de perdonar modo!...
¡pues bien, démoselo todo!
¡Sí, lo que es del mundo, al mundo!
¡Oh! sí!

ADOLFO. ¡Esta noche será!

CARL. ¡Borremos la triste huella
de mi desventura!

ESCENA VIII.

DICHOS y FERNANDO por el fondo.

Durante la escena anterior, ha ido disminuyendo la luz de tal modo, que al llegar Fernando, aparece la escena iluminada por las últimas tintas del crepúsculo. La situación de los actores es la siguiente: Carlota y Adolfo, dando la espalda á la puerta del fondo, donde se detendrá Fernando.

FERN. (Fijándose en el grupo que forman Carlota y Adolfo.)
(¡Es ella!)
¿pero quién con ella está?
(Poniendo atención, como si quisiera reconocer á Adolfo.)
(La opaca luz de la tarde.
impide ver...)
ADOLFO. ¿No merezco
tu cariño?... ¡En mí te ofrezco
quien te ayude y quien te guarde!
FERN. (¿Qué dicen? ¿Quién es ese hombre?
¡Adolfo!)
CARL. ¡Terrible lucha,
Adolfo!
FERN. (¿Y ella le escucha?
¿Y ella pronuncia su nombre?
¿Por qué le habla? ¿Qué hay allí
que me espanta?)
ADOLFO. ¿Qué dudamos?
CARL. ¡Sí; tienes razón: huyamos
lejos, muy lejos de aquí!
FERN. (¡Cómo! ¡El infame!)
CARL. ¿Y Fernando?
ADOLFO. ¿Quién?... él? ¡Tu vista soporta
con despego y con rubor;
si le abandonas, mejor!
(Fernando que ha ido avanzando lentamente sin

que le vieran Adolfo ni Carlota, se presenta delante de ellos.)

FERN. ¿Verdad? ¿Lo demás qué importa?

ADOLFO. ¡Fernando!

FERN. ¡Está convenido!
Yo consiento; ya lo veis.

CARL. No pienses que...
(Como si quisiera defenderse.)

FERN. No negueis,
porque todo lo he oído.

ADOLFO. ¿Tú?

FERN. ¡Sí; desde allí os veía!
¡Conque no pienses mentir,
porque eso sería unir
al crímen, la cobardía!

ADOLFO. (Con tono amenazador.)
¡Que me insultas!

FERN. ¿Que te insulto?

ADOLFO. ¡Sí!

FERN. Porque tengo coraje
para condenar tu ultaje,
te insulto? Porque no oculto
mis iras, ni puedo ver
en calma tu villanía,
te insulto? ¡Bueno sería
que enfrente de esa mujer,
que haciendo pedazos su honra
al ofenderse me ofende,
y de un hombre que se vende
por amigo y me deshonra,
yo no levantase el grito,
ni con valor me encontrara
para arrojarles en cara
mi rencor y su delito!

CARL. ¡Fernando!

FERN. (Á Adolfo.) ¿Sientes agravios
por lo que digo? ¡Lo sé!
Pero yo, ¿qué sentiré
cuando he visto por tus labios,
como de impura corriente,
salir frases en montón,
cieno de tu corazón

que me manchaba la frente?
¿Cuándo escuchar he podido,
con qué cínica alegría
concertabas mi agonía?
¿Y aún te das por ofendido,
y ella suplica llorosa
en tu defensa?... ¡Estás loco!
¡Lo dicho es poco, muy poco:
yo necesito otra cosa!

ADOLFO. ¿Mi vida?... ¡Pues la tendrás,
y la tendrás enseguida!

FERN. ¡Eso deseo, tu vida!...
¡pero antes quiero algo más!
¡No me basta la sangrienta
huella que imprime el acero!

ADOLFO. ¿Qué quieres?

CARL. ¡Fernando!

FERN. Quiero...
¡Quiero afrenta por afrenta!
¡Aquí, y aquí!...
(Señalando al corazón y al rostro)
Bien lo ves:
me heriste con mano audaz!...
(Abofetea á Adolfo.)
¡Ahora te hiero en la faz!
¡En el corazón después!

ESCENA IX.

FERNANDO, ADOLFO, CARLOTA, ENRIQUE por el foro.

Enrique que ha aparecido momentos antes de que Fernando abofetea á Adolfo, corre á interponerse entre los dos.

CARL. ¡Oh! (Asustada retrocede.)

ADOLFO. ¡Miserable!
(Tratando de dirigirse á Fernando, mientras Enrique le sujeta.)

ENRIQ. ¡Fernando!
¿qué es esto?

FERN. ¿No se te alcanza?

¡Que comienza mi venganza!
¡Que mi destino afrontando
abrió otro cauce á mis males!
¡que está como yo ultrajado,
y como yo deshonrado!
¡Que los dos somos iguales
en vergüenza y en pasión...
y que en muy breve jornada,
con espada contra espada
y razón contra razón,
daré á su infamia castigo!

(Adolfo procura desasirse de Enrique: éste le sujeta.)

ADOLFO. ¡De tu sangre estoy sediento!

FERN. Mientras llega ese momento...
¡tú, con él!

(Á Enrique, Carlota quiere dirigirse á Adolfo en actitud de súplica. Fernando la sujeta por el brazo, diciéndole:)

¡y usted conmigo!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del acto tercero. Sobre el caballete estará el cuadro que representa EL SUICIDIO DE WERTHER.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO y JUAN.

PEDRO. ¿Dicen que en la Exposición
las gentes hablaron?
JUAN. Sí.
Ninguno ignoraba allí
la historia del bofetón.
Unos saber deseaban
la verdad; otros decían
que ya la verdad sabían
y á los demás la contaban;
y al fin, por diverso modo,
condenaron lo ocurrido,
y dijeron que ha tenido
mi amo la culpa de todo,
porque su nécio furor
ante nada ha reparado,
y á gritos ha publicado
su infamia y su deshonor,
dando á creer que está loco
—y esto es lo mejor quizás—
ó que un escándalo más
debe importarle muy poco.

PEDRO. ¿Y nada de Adolfo?
JUAN. Nada
Todos su conducta explican,
y todos la califican...
PEDRO. ¿De qué?
JUAN. De calaverada...
PEDRO. (Interrumpiéndole.)
Que no ofende, y que denota
lo juvenil de sus años,
expuestos á los engaños
y ambiciones de Carlota!
(Ademán afirmativo de Juan.)
¿Es decir, que no es penable
su acción?... ¿que de ella le eximen?...
¿que su crímen, no es tal crímen,
ni él por su traición culpable?...
—Pero, dejando esto á un lado:
luego que salió de aquí
Adolfo, ¿qué ocurrió... ¡Dí!
¿qué ha pasado? ¿qué ha pasado?
JUAN. ¡Cosas muy graves! Me dijo
el amo que recogiese
su cuadro, y que lo trajese
aquí, y añadió: «No exijo
del enemigo, favor;
pero también me interesa
no dar á sus odios presa,
ni alimento á su rencor;
y fuera torpe delito
que yo la calumnia oyese,
y modo y forma les diese
de recrear su apetito.»
PEDRO. ¿Y tú, qué hiciste?
JUAN. Cumplir
sus órdenes, y poner
allí el cuadro. ¿Qué iba á hacer?
PEDRO. (¡Cuánto ha debido sufrir
Fernando!) ¿Y después?
JUAN. Quedó
en silencio, y sin mirar
á nadie, ni á nadie hablar.
—«¡Dejadme solo!»—gritó.

Salimos; yo temeroso,
la señora medio muerta,
y él atrancando la puerta,
sin dar punto de reposo
á su ódio, ni poner dique
á su dolor, suspiraba
y por el cuarto cruzaba.
Luego vino don Enrique.

PEDRO. ¿Don Enrique?

JUAN. Sí. Á su encuentro
corrió mi amo; le hizo entrar;
entró con él, y al llegar
de su habitación al centro
le dijo: «¿Está convenido?»—
y el otro respondió:—«Sí.»—

PEDRO. ¿Y después?

JUAN. No les oí.
Tan sólo sé que ha venido
don Enrique esta mañana
á buscarle, muy temprano;
que el amo estrechó su mano;
y que abriendo esa ventana,
dijo mirando lucir
el sol, y en ella tocar:
—«¡Buen día para matar,
y mejor para morir!»—
Que de ese grupo cogieron
dos armas;
(Señalando á una de las dos panoplias.)
que las probaron,
y que juntos se alejaron,
y que nada me dijeron.

PEDRO. ¡Un duelo! ¡Ya lo temía
mi corazón, qué cobarde
se agitaba! ¡Llego tarde!
¿Y hace mucho tiempo?
(Al criado con impaciencia y temor.)

JUAN. Haría
una hora cuando usted vino...

PEDRO. ¿Y no sabes el lugar?

JUAN. No lo pude averiguar
que tomaron el camino

en coche.

PEDRO. ¿Y dónde verle ahora
para calmar mi ansiedad
y conocer la verdad?
¡Hijo mío!
(Se abre la puerta lateral derecha, y aparece en ella Carlota... Juan la ve, y dice á D. Pedro:)

JUAN. La señora.
(D. Pedro al ver á Carlota se dirige á ella. Juan sale por el fondo.)

ESCENA II.

D. PEDRO y CARLOTA.

PEDRO. ¿Qué ha hecho usted de mi Fernando,
Carlota?

CARL. Yo no quería
su desventura.

PEDRO. ¿Y le ultraja,
y le hunde usté en las sombrías
aventuras de un combate
donde la sangre vertida
no es sangre, es lodo de infamia,
que más que el hierro asesina?
No le basta arrebatarme
el sér donde viven fijas
todas mis venturas, todos
mis afanes!... necesita
usted mas, y por lograrlo
le entrega al ódio, á las iras
de su amante! ¡En un abismo
de sangre le precipita,
y tras de arrancarle la honra,
quiere arrancarle la vida!...
¿Qué ha hecho usted, Carlota, qué ha hecho?

CARL. Al hacerlo, no creía
labrar su pena. Mirando
que con mi presencia, unida
iba su desgracia, quise
apartarme de su vista;
huir, donde no supiera

el mundo que yo existia.
y separar de su lado
mi desgracia, para hundirla
en las sombras de la ausencia!

PEDBO. ¿Y por conseguir su dicha
le puso enfrente de Adolfo?

CARL. Él vino...

PEDRO. ¡Y usted solícita
por el porvenir de su hijo,
fué labrando su ignominia!

CARL. ¡Busqué su ventura!

PEDRO. ¿Y cómo?
¿Abriendo otra nueva herida
á su dolor y á su infamia?

CARL. ¿Qué pude hacer?

PEDRO. ¡Lo que dicta
el deber! ¡Llorar sus culpas,
y de ellas arrepentida
ser de Fernando consuelo;
vivir para él, y sumisa
ante su dolor postrarse
para ver si conseguía
que huyeran sus desventuras
al fuego de sus caricias!

CARL. ¡Fernando!

PEDRO. ¡Horrible es su suerte,
y usted quien la determina!
¡Si muere, usted es culpable
de su muerte! ¡Si salpican
manchas de sangre su nombre,
es por usted, que hoy le priva
de la existencia ó de la honra!

CARL. ¡Oh! Piedad! (Dirigiéndose hacía D. Pedro.)

PEDRO. ¡Piedad!

CARL. ¡La ansía
mi corazón destrozado!

PEDRO. ¡De mí no ha de conseguirla!
¡Piedad de usted... que me roba
á Fernando! que me quita
la existencia... ¡porque él es
toda la existencia mía!
¿Qué me importan esas lágrimas?

¡Nada con usted me obliga!
¡Pero no viene!... ¡Es posible
que ahora mismo!... ¡No! ¡Sería
horrible! ¡Quiero saberlo!
(Dirigiéndose hacia la puerta del foro.)

CARL. ¿Dónde vá?

PEDRO. ¡Donde me indica
mi corazón! ¡Donde su ódio
y su imprudencia me envían!...
¡Tras la vida de Fernando
que es la vida de mi vida!
(Sale por el fondo. Carlota se detiene un momento y luego se dirige en seguimiento de D. Pedro, pero al llegar á la puerta del fondo aparece en ella Juan.)

ESCENA III.

CARLOTA y JUAN. Al final FERNANDO por el foro.

CARL. ¡Yo también!

JUAN. (En la puerta del foro.) ¡Nadie le alcanza,
que según va decidido,
más un huracán parece
que hombre que emprende un camino!

CARL. ¿Y dónde fué? (Con ansiedad.)

JUAN. ¿Quién lo sabe?
Ni pregunté, ni él lo ha dicho;
pero presumo que en busca
de don Fernando.

CARL. ¿Has sabido
dónde está?

JUAN. ¡Ni por asomo!

CARL. ¡Pues escúchame! ¡Es preciso
que yo de Fernando sepa!
¡Él se bate, y necesito
que tú me digas al punto
la hora, el momento y el sitio!

JUAN. Los ignoro.

CARL. ¿Qué?

JUAN. De nada
pude enterarme.

ARL. (¡Dios mío!

¿qué he de hacer? Cuando mi culpa
es de sus males motivo,
¿puedo esperar?... ¡Imposible!)
¡Sígueme! ¡Saber ansio
de Fernando!

JUAN. ¿Y en qué punto
hallaremos quien de fijo
nos dé noticias?...

CARL. ¡En casa
de don Enrique! ¡Es su amigo,
y él nos dirá... ¡Sí! ¡Corramos
á buscarle!

(Hace ademán de dirigirse al lateral derecha. El criado se encamina al fondo, pero al llegar á la puerta se detiene y dice á Carlota.)

JUAN. ¡El señorito
viene!

CARL. ¡Fernando!

(Hace ademán de dirigirse al fondo, pero se detiene y retrocede á un extremo de la sala, a la izquierda. Sale Fernando y se dirige á la derecha.)

JUAN. Esta carta
para usted.

(Fernando indica á Juan que deje la carta sobre la mesa, y queda en actitud distraida y triste, sin reparar en Carlota: ésta quiere dirigirse á él, pero no se atreve á hacerlo. El criado se va por el foro.

CARL. (¿Por qué vacilo?)

ESCENA IV.

FERNANDO y CARLOTA.

FERN. (¡Sangre! ¡Sangre vertida... y por mi mano
Ya puede estar el mundo satisfecho;
ya soy un criminal!

(Carlota como si al fin venciese sus vacilaciones, se dirige á Fernando en actitud cobarde y suplicante.)

CARL. ¡Fernando!

FERN. (¿Cómo?

(Aparte y levantando la cabeza al oir la voz de Carlota.)

¿Qué hace aquí esta mujer?... ¿Cuál es su intento?
¿Qué quiere usted?

CARL. ¡Fernando!...

FERN. ¿Es por Adolfo
su angustioso pesar?... Pues bien, ¡ha muerto!
—¡Frente á frente los dos nos encontramos!
cruzáronse con rabia los aceros...
¡y cayó!... ¡Sí, cayó!
(Carlota retrocede asustada ante la actitud de Fernando.)
¿Y usted se espanta
por la muerte de ese hombre? ¿Qué remedio?
¡Él me quitaba la honra, y yo la vida
le arrebaté con decidido empeño!
¡con rencoroso afán! Muerte por muerte,
que son muertes las dos, ¡la de él prefiero!

CARL. ¡Oh! ¡Fernando!... ¡Perdón!

FERN. ¿Teme usted mi ódio?
¡Pues no lo tema usted, porque aquí dentro
ni el ódio cabe ya! ¡Saltaron rotas
las fibras todas que albergó mi pecho,
y mi alma es un sepulcro cuyo fondo
guarda cenizas que dispersa el viento!
¡No tema usted, señora!

CARL. ¡No, Fernando!
No es tu ódio y tu furor lo que yo temo;
que si tu ódio llegara á condenarme
y me hirieran tu furia y tu desprecio,
ni te pidiera gracia, ni cobarde
te fuera á suplicar. ¡Vería en ellos
la expiación cruel de mis delitos!...
¡muy cruel!...
(Fernando hace un movimiento de extrañeza al oir las últimas palabras de Carlota.)
¡Pero justa! ¡no lo niego!
¡Arrepentida estoy! ¡Perdón te pido!

FERN. ¡Inútil es su afán por merecerlo;
que no pudo sentir el mal causado,
hasta mucho después; cuando ya fueron
por lógica cruel é irrefutable,
tardío el llanto, inútil el remedio!
¡Sólo cuando la ofensa, levantando
un volcán de rencor en mi cerebro,

pone un grito de rabia en mi garganta
y en mis convulsas manos un acero;
cuando puede usted ver cómo se oculta
entre celajes de vapor sangriento
el cadáver del hombre, cuya muerte
roba y destruye su postrer ensueño;
meditando en su culpa, en mi deshonra,
en su abandono, en mi ódio y en su duelo,
viene usted á mi lado reclamando
de mí, lo que yo darla no puedo:
¡Piedad!... ¡Piedad!... ¿Y dónde ha de obtenerla?
¡Yo que soy inocente, no la obtengo!

CARL. ¡Es verdad! ¡Soy culpable! ¡Pero mira
que el mundo arrojó en mi alma su veneno,
y que la obra del mundo es quien te ofende!...
no la que llora, y á tus piés cayendo,
¡tu fallo aguarda!

FERN. ¡Basta!

CARL. ¡No! ¡tu fallo!
¡Eso pido no más, y aquí lo espero!

FERN. ¡Alce usted! ¡Alce usted! ¡Acaso sea
lo que dijo verdad! ¡Tal vez de acuerdo
van la fatalidad de su organismo
y el mandato social! ¡Tal vez se unieron,
para formar un sér irresponsable,
orígen inconsciente de mis duelos!

CARL. ¡Yo evitaré tus penas!

FERN. ¿De qué suerte!

CARL. ¡En virtudes, mis crímenes volviendo!

FERN. ¡Es tarde!

CARL. ¡Alejaréme para siempre,
y libre te verás!

FERN. ¡Vano proyecto!

CARL. ¿Y nada puedo hacer?

FERN. ¡Nada!

CARL. ¡Fernando!...
¡Dispuesta me hallo á todo! ¡Tus deseos
sabré acatar! (Llorando.)

FERN. ¡No es llanto lo que pido!
¡Es calma y soledad lo que apetezco!

CARL. ¿Me rechazas?

FERN. ¡No á fé, no es rechazarla!
¿Quiere usted mi perdón?... ¡Se lo concedo!

¡Y ahora es preciso que me deje solo!
¡Solo aquí con mis tristes pensamientos!
¡Después de una gran lucha, necesita
el hombre recogerse en el silencio,
que en sus antros, sin voz, es donde tienen
altar el alma, y la conciencia templo!

CARL. ¡Adios, Fernando, adios! ¡Nada me resta!

(Vase Carlota por la primera de la izquierda.)

FERN. ¡Solo!... ¡No!... ¡solo no! ¡Con este infierno
de dudas que me oprimen y me asedian
y me roban el juicio y el aliento!

ESCENA V.

FERNANDO.

¡Oh, qué espantosa agonía
se forja en mi corazón!
¡Qué terrible sucesión
de crímenes en un día!
Medrosa mi sangre late,
y mi espíritu agitado
se retuerce, destrozado
por las furias del combate,
mientras me aturde el rugiente
avance y la rabia loca
de un mundo que se derroca
sobre mi abrasada frente! (Pausa.)
Necesito calma... ¡Calma!
¿Y dónde la podré hallar?
¿En mi alma?... ¡Temo llegar
hasta el fondo de mi alma!
¡qué allí rugen los pesares
como el huracán bravío
ruge en el fondo sombrío
de los azulados mares!
¡Ay, si su jigante fondo
el mar irritado altera!
¡Ay, si brotan hacia fuera
las iras que dentro escondo!
¿Dónde parára su anhelo?
¿Dónde fuera sú coraje?

¡Cuando sube el oleaje,
su espuma salpica el cielo! (Pausa.)
¡El mundo mi corazón
rasgó con brazo seguro,
como el que acecha en lo oscuro
para matar á traición!
Mundo cruel que hacia mí
vuelve su ódio y su despecho,
¿por qué me ofende?... ¿Qué le he hecho
para que me trate así?
(Fernando se deja caer sobre el sillón que está delante de la mesa y permanece con la frente oculta entre sus manos, hasta que repara en la carta que está sobre la mesa y la abre.)
¡De ella! (Leyendo.) «¡Quieren que ocultando
»mi tormento y mi pesar,
»te olvide, y estoy llorando!
»¡Qué terrible despertar
»el de nuestro amor, Fernando!
»¡Olvidarte!... ¡Yo no olvido
»tu amor!... ¿Olvidar?... ¡locura!
»¿Cómo olvidar lo que ha sido
»mi bien, la sola ventura
»que en el mundo he conseguido?...
»¡Imposible! ¡No, no muere
»el amor que existe en mí!...
»¡No soy yo, es mi padre, sí,
»quien lo manda, quien lo quiere
»y quien me aparta de tí!
»¡Él, causa nuestro dolor
»destruyendo amantes lazos,
»y no mira en su furor
»que al arrancarme tu amor
»me arranca el alma en pedazos!
»¡Me aleja de tu camino
»por siempre!... ¿Qué puedo hacer?
»¿Resistirle? .. ¡Mi deber
»me lo impide! ¡Mi destino
»es sufrir y obedecer!
»¡Sin tí, quien por tí vivía!...
»¡Oh! ¡Qué amarga soledad
»ofrecen al alma mía!

»Adios!... ¡adios! ¡Ten piedad
»de mis angustías!—María.»
—¡Sufre por mí! ¡Qué funesta
vida en suerte me ha tocado!
¡Sí!... ¡la arrancan de mi lado
por siempre¡... ¡Nada me resta!
¡Y por si á todo no alcanza
lo que fué, viene á buscarme
el dolor, para robarme
hasta mi última esperanza,
(Deja la carta sobre la mesa y se levanta.)
¡En vano mi afán implora
ante el social egoismo!
¡No se conmueve el abismo
por la presa que devora!
¡Álzase terrible y hondo,
inmutable en su fiereza!...
¡Si en el borde se tropieza
hay que rodar hasta el fondo!
¡En el fondo hay que morir!...
¡Pues bien!... ¡Cúmplase mi suerte!
¡Sí! ¡La muerte!... ¿Y si es la muerte
un pretexto para huir?
¡Quién sabe! ¡No! ¡no hay huída:
están mis venturas yertas,
y por cien llagas abiertas
se va escapando mi vida;
y no huye, ni es un cobarde
quien ve la muerte segura,
y abrirle cauce procura
para que no se retarde!
Sí; ¡borremos la memoria
de mi infamia!
(Se dirige á la panoplia y al mismo tiempo ve el cuadro.)
Mas, ¿qué veo?
¿Eres tú, humilde trofeo
de los sueños de mi gloria?
¡Tú!... Perdóname; soy hombre
y cedo... ¿Y vas tú á quedar
aquí?... ¿Vas tú á perpetuar
la ignominia de mi nombre?...

¡No! ¡no! ¡que fuera locura
legarte á quienes me hirieron!
(Se dirige á la panoplia y coge un puñal.)
¡Que en otro cerebro encarne
la luz que al mío le sobra!
¡Espíritu, murió tu obra!
(Rasga el lienzo con el puñal.)
¡Ahora la obra la de la carne!
Muera con ella el rubor
que sobre mi historia pesa!
¡Abismo! ¡Toma la presa
que reclama tu furor!
(Se hiere en el pecho, y cae en el suelo cerca del sofá.)

ESCENA VI.

FERNANDO y D. PEDRO, á poco JUAN.

FERN. ¡Al fin logró su deseo
mi suerte! ¡Caí luchando
con sus rigores!...
PEDRO. (Dentro.) ¡Fernando!
¡Cómo!... ¡Qué! .. (Saliendo.)
FERN. ¡Padre!
PEDRO. (Dirigiéndose hacia Fernando.) ¡Qué veo!
¡Dios mío!... ¡Sangre! ¡Socorro!
JUAN. ¿Qué ocurre?... ¡El amo! ¡Una herida!
PEDRO. ¡Pronto!... ¡Se acaba su vida!
JUAN. ¡En busca de auxilio corro!
(Vase Juan precipitadamente por el foro.)

ESCENA VII.

FERNANDO y D. PEDRO, á poco CARLOTA.

PEDRO. ¡Desfallece! ¡Su tez llena
la muerte! ¿Á quién le confío?...
¡Hijo! (Sale Carlota.)
CARL. ¿Qué es esto?.. ¡Hijo mío!
PEDRO. ¿Usted?

CARL. ¡Mi ódio le condena!
¡Muerto! (Dirigiéndose á su hijo.)
PEDRO. ¡No! ¡Respira!
CARL. ¿Qué?
¡Que vive! (Con angustia.)
PEDRO. ¡Carlota! (Procurando contenerla.)
CARL. ¡No!
¡Ha muerto! ¡Lo digo yo!
¡Yo!... ¡que fuí quien le maté
amargando su destino!
PEDRO. ¡No ha muerto! (Á Carlota por Fernando.)
CARL. (Con desesperación.) ¡Y aún me lo niega!
¡Si sabrá hasta dónde llega
su puñal el asesino!
PEDRO. ¡Vuelve en sí!
CARL. ¿No estoy soñando?
¿Vive?... ¡Dios santo! ¿Es verdad
que vive?
FERN. ¡Padre! (Á D. Pedro.)
CARL. ¡Piedad (Á Fernando.)
para mi culpa!
PEDRO. ¡Fernando!
FERN. ¡Padre mío!
PEDRO. ¡Hijo querido!
¿Qué es lo que hiciste?
FERN. ¡Señor,
morir!... ¡Me ahogaba el dolor!...
¡resistirlo no he podido!...
¡Mi muerte el mundo exigía,
y yo á sus designios cedo!
¡Perdón para ella!... ¡No puedo!...
PEDRO. ¡Fernando!
FERN. ¡Padre!... ¡María!... (Muere.)
PEDRO. (Como resistiendo á creer que haya muerto Fernando.)
¡No! ¡No será tan impío
el cielo!
CARL. (Con acento de angustia.) ¡Vive! ¿No es cierto?
PEDRO. (Sosteniendo entre sus brazos la cabeza de Fernando.)
¡Muerto!
CARL. ¿Qué?... ¡Fernando muerto!

(Se adelanta hácia el grupo que forman D. Pedro y Fernando, como si tratara de abrazar al segundo. D. Pedro se lo impide con un ademán.)

PEDRO. ¡Atrás!

(Señalando el cuerpo de Fernando.)

¡No es de usted! ¡¡Es mío!!

(Carlota lanza un grito y cae de rodillas á los piés de Fernando.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

—

Spoliarium (cuadros sociales), obra profusamente ilustrada.

EN PREPARACIÓN.

Leyendas.
Encarnación (novela).

FÉ DE ERRATAS.

En la página 109:

DICE. ¡No! ¡no! que fuera locura
legarte á quienes me hirieron.

Y á continuación van los dos versos siguientes que faltan en el ejemplar:

Muere tú como murieron
los sueños de mi ventura!

Luego en la misma página hay un verso donde dice:

Ahora la obra la de la carne

Y debe decir:

Ahora la obra de la carne.